

SIEMPRE *serás tú*

LA HISTORIA DE ALAN



Vega Manhattan

SIEMPRE
serás tú
LA HISTORIA DE ALAN

Vega Manhattan

Siempre serás tú. La historia de Alan.

© Vega Manhattan.

1º Edición: Diciembre, 2019

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personaje y, sucesos son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

Hannah

Alan

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Hannah



“Solo fuiste un polvo.”

No podía quitarme esa frase de la cabeza. Llevaba días martirizándome y haciéndome sentir como lo peor del mundo.

No se le podía decir eso a nadie, era lo más cruel del mundo. Sobre todo para alguien como yo.

Había tenido pocas relaciones en mi vida. La verdad es que casi podía asegurar que ninguna. No era problema de mi físico, no en el lado negativo al menos. Al contrario, por culpa de mi físico es que eso ocurría.

Los hombres me veían como un trofeo en su cama, pero como nada más.

No me había importado hasta el momento, no es que yo quisiera nada con nadie, así que vivía y disfrutaba del momento.

Pero llega un punto o una edad en la que necesitas o quieres algo más.

Mis hermanos, Liam y Alice eran felices con sus parejas, habían encontrado el amor. Y yo seguía sola, parecía que eso no estaba hecho para mí.

Era algo que costaba asimilar, pero que se terminaba aceptando. Otra cosa muy distinta es que el hombre por el que empezaba a sentir algo porque creía que era diferente, me dijera, claramente y sin tapujos, que solo era sexo.

Un polvo muy bueno, sí, pero solo un polvo.

Como si con esa aclaración estuviera arreglando las cosas...

Toda mi familia había estado en casa de mis padres y no hacía mucho que se habían marchado. Yo estaba allí, en el jardín, mirando a la nada.

Aún vivía con ellos y como me iban las cosas, iba a tardar en poder independizarme.

Tampoco era algo que me preocupase, con ellos no estaba cohibida en ningún sentido.

—¿Qué haces aquí tan sola?

Me sobresalté al escuchar la voz de Alan. Se sentó a mi lado, en el césped y miró al cielo.

—Pensé que te fuiste con los demás.

—Tu madre me puso un chocolate caliente al que no me pude resistir —rio.

—A mi madre le encanta cebarnos a todos —resoplé.

—Como a la mía.

—Siempre lo hizo.

Una sonrisa se dibujó en mi cara cuando recordé algunos de los momentos vividos con la familia de Alan. Momentos que gracias a la unión de las dos familias, volvían a repetirse. Eso me encantaba.

—¿En qué piensas?

—En todo y en nada —suspiré y me dejé caer en el césped.

Él hizo lo mismo y los dos miramos al cielo.

—Están preocupados por ti.

—Lo sé —resoplé.

Mi hermana Alice había estado intentando sonsacarme qué era lo que me ocurría, pero sin éxito. No era algo de lo que quisiera hablar con nadie.

Aunque sabía que necesitaba hacerlo.

—Me he acostado con mi jefe —solté de sopetón.

Miré a Alan de reojo, para ver cómo reaccionaba. Creo que ni pestañeó...

—Ah... —fue toda su respuesta.

—Varias veces.

—No necesito detalles, Hannah, créeme.

—Está casado.

—Entiendo... —apretó la mandíbula.

—Creía que sentía algo por mí, ¿cómo pude ser tan ingenua?

—Supongo que todos lo somos de vez en cuando.

—¿No vas a criticarme?

—¿Quieres que te juzgue? —giró la cabeza y me miró— No lo haré nunca. Es tu vida, tú decides cómo la vives.

—Metí la pata. Me creí cada una de sus palabras. Eres especial, voy a dejarla... Seis meses he estado así, Alan. Seis malditos meses y cuando le he reclamado un poco más de atención,

¿sabes qué ha hecho?

—Sorpréndeme —dijo con ironía.

—Me ha dicho que soy un simple polvo para él —lo dije con toda la rabia que sentía dentro.

Resoplé y volví a mirar al cielo. Estaba precioso y yo podría pasarme horas allí, solo mirándolo.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó.

—Olvidarlo. No quiero nada con él. Pero me siento tan idiota...

—¿Y el trabajo?

—Tengo que quedarme. Me amenazó con una demanda si lo rompía. Tendré que aguantar los dos meses que me faltan y marcharme.

—Puedes romperle las pelotas e irte.

—No es tan fácil.

—Si pudieras demostrar lo que hubo entre vosotros y el chantaje sí.

—Ya... Pero no puedo —suspiré.

Él se quedó unos segundos en silencio.

—Me iré cuando termine, con el finiquito montaré mi empresa.

—Espero que así sea...

Nos quedamos callados, solo disfrutando de esa hermosa vista.

—A veces los envidio, ¿sabes?

—¿A quiénes? —preguntó.

—A Liam y a Eva. A Alice y a Noah... Es tan bonito verlos enamorados —suspiré cual quinceañera.

—Lo vivirás.

—No creo —sonreí con tristeza.

—¿Por qué no? ¿No quieres eso?

—Pues hasta hace poco no —reí, negando con la cabeza, él me miró con una sonrisa—. Pero desde hace un tiempo... Es bonito imaginar que tal vez hay alguien en el mundo para mí y con los mismos deseos que yo.

—Seguro que sí.

—¿Qué deseas tú, Alan?

Él no tuvo que pensarlo demasiado antes de responder.

—Lo quiero todo.

—¿Qué es todo?

—Boda. Hijos. Casa grande. Un para siempre... —rio, avergonzado— Como ves, por algo estoy solo.

—Mereces eso y más, seguro que lo consigues.

—No lo sé, Hannah —miró al cielo.

—Tienes que creer en ello, ¿no es así? Si me dices que yo crea, ¿por qué no hacerlo tú?

—Porque la persona con la que quiero mi “todo” ni siquiera se da cuenta de que existo.

Lo miré con el ceño fruncido.

—No pasas desapercibido para nadie, Alan. Las mujeres suspiran por ti. Y lo sabes.

—Pero no la que quiero —se levantó del césped y me ofreció la mano—. ¿Un chocolate caliente conmigo y me despido?

Agarré su mano y me ayudó a ponerme en pie.

—Solo si me cuentas quién es ella.

—Va a ser que mejor me despido ya... —comenzó a caminar y yo a seguirlo.

—Vamos, Alan —reí—. Yo te cuento mis secretos, es tu turno.

—Algún día, que no será hoy.

—¿Por qué no?

—Ahora preocúpate por estar tú bien —puso su mano alrededor de mis hombros—. Ellos se

preocupan de verdad. Yo también. Solo queremos verte feliz.

Sonreí, la verdad es que todos eran de lo mejor.

—Lo haré, todo estará bien.

—Lo sé —sonrió—. Y nosotros estaremos contigo.

Al menos los tenía a ellos. La mejor familia y amigos del mundo.

Aunque mi autoestima como mujer fuera una mierda. Aunque odiara que me vieran como un simple objeto sexual y que nadie se parase a querer conocer qué había en mi interior.

—Si acabamos los dos solos, siempre podemos irnos juntos de viaje cuando seamos viejos —reí—. Con las dos parejas de tortolitos.

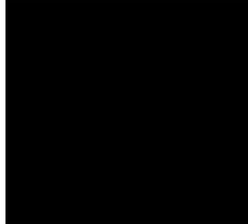
—¿Con esos cuatro? Ni muerto —exclamó haciéndome reír.

Igual que no se soportaban, no podían estar unos sin los otros. A la vista estaba de que Alan se pasaba ya media vida en casa de mis padres, no se le podía echar de allí ni con agua caliente.

Mi vida sentimental podía ser un desastre, pero la familiar... Esa era, además de para no aburrirse, casi perfecta gracias a todos ellos.

—¿Sabes, Alan? Creo que yo también quiero un “todo” de los tuyos —suspiré, haciéndolo sonreír.

Alan



Estaba enamorada de su jefe.

Maldita fuera mi suerte, ¿por qué me lo tenía que contar a mí? A veces odiaba ser su amigo porque había cosas que prefería no saber.

Que Hannah estaba rara últimamente y que su humor estaba más agriado de lo normal era cierto, pero ahora entendía por qué.

Estaba enamorada de alguien que la había usado, de un tipo que solo la había tratado como a un objeto.

Maldito imbécil, no tenía derecho a hacer sentir mal a nadie.

Llegué a mi casa y, tras una ducha, me tumbé en la cama. Sentía una pequeña opresión en el pecho desde que Hannah se había sincerado conmigo. Hubiera preferido que se lo hubiese guardado para ella.

Hannah era una gran amiga para mí. Sobre todo desde que nuestras familias, con el paso de los años, volvieron a unirse. Éramos adultos y la amistad entre nosotros se retomó rápidamente, convirtiéndose en una mejor. Porque en el pasado éramos dos críos que no entendíamos lo que verdaderamente significaba el ser amigo de alguien.

Pero ella me hacía sentir algo más. No sabía qué, solo que necesitaba verla bien. No echa una mierda, como parecía estar, por un gilipollas como debía de ser su jefe.

Era lo que había...

Era el precio a pagar por ser amigo de una mujer. Ser invisible para ella mientras escuchaba las penas sobre los demás.

Ese era mi papel y no es que yo quisiera otro, qué va. Solo... Bueno, que había cosas que prefería que se las contara a su hermana o a la mía antes que a mí.

En fin... Que para qué iba a negármelo a mí mismo. Había cosas de mi amiga, de la mujer por la que sentía algo más que una simple amistad, que no quería saber.

Porque aunque Hannah a mí no me viese de esa manera, para mi desgracia y con el paso del tiempo, yo estaba enamorándome de esa mujer.

Y por eso mismo iba a hacer lo que un hombre maduro haría: iba a salir corriendo hasta que se me pasase la jodida calentura.

Porque había que estar loco para enamorarse de una mujer como Hannah. Una así, me atraparía cada vez más y el dolor por no ser correspondido podría llegar a hacerme mucho daño.

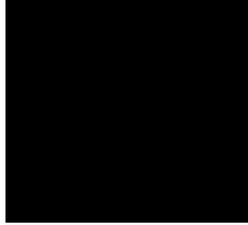
Yo no estaba dispuesto a sufrir.

Claro que tampoco estaba dispuesto a sacarla, por completo, de mi vida porque joder, era mi amiga.

Así que eligiera lo que eligiera, estaba jodido. Esa era la única cosa que sacaba en claro con todo esto.

Eso y que tenía que alejarme un poco y quizás, al volver, me diese cuenta de que estaba equivocado y exagerando las cosas. Era posible, ¿no?

Capítulo 1



Un tiempo después...

—¿A esto se le llama independizarse?

Enarqué las cejas cuando entré en casa y vi, como ya me había imaginado al descubrir las luces encendidas, a todos allí.

Había sido un duro día de trabajo y lo único que deseaba era llegar a casa, darme una buena ducha y tirarme en el sofá mientras comía comida basura.

Y lo único que iba a poder cumplir, mirando la mesa, era lo de la comida.

Adiós a mi necesitada soledad.

—Hola, Hannah —un coro de voces, incluida la de mi pequeño Alexander al que hice llorar de la risa al hacerle cosquillas por no llamarme tita, sonó de lo más animada.

—¿Y bien? —puse las manos en las caderas. Los quería mucho a todos, pero eso no quitaba que, a veces, aunque no lo entendieran, me gustara la soledad.

Pero desde que mis padres se habían marchado de viaje de placer esa vez, no sabía qué les ocurría a todos, que no me dejaban sola ni en mi propia casa.

—Tenía antojo de pizza.

—¿Y...? —animé a mi hermana Alice cuando creyó que, con eso, lo decía todo.

Alice estaba embarazada de unas ocho semanas y si ya tenía un problema con la comida normalmente, porque a mi hermana pequeña le encantaba todo lo que fuera llenarse el estómago hasta explotar, desde que confirmó su embarazo ya era un pozo sin fondo.

Lo que no entendía era cómo, con todo lo que se metía para adentro, seguía manteniendo su

peso.

Le había costado años aceptarse a sí misma y conseguir la figura con la que sentirse bien. También era cierto que el ejercicio era parte de su rutina. Pero aun así...

Estaba más que estupenda para privarse de algo, esa era la verdad.

—Y si quiere pizza, comemos pizza.

Puse los ojos en blanco al escuchar a mi cuñado.

—Noah... El niño no va a nacer con una mancha en la piel en forma de pepperoni —nombré eso porque sabía que lo odiaba— porque le digas una vez que no a tu mujer.

—¿Y por qué iba a decirle que no? —mi cuñado con los ojos abiertos de par en par.

—Eso, ¿por qué iba a decirme que no? —Alice frunció el ceño.

Bufé, no sabía ni para qué hablaba a veces.

Si mi hermano era incapaz de decirle que no a su mujer, lo de Noah con mi hermana ya era un caso especial. Ella ni siquiera tenía que pedir nada. Él la conocía tan bien que era capaz de saber qué era lo que ella quería antes, incluso, de que ella misma supiera que lo quería.

Con eso os lo digo todo...

—Porque estar embarazada no es excusa para comer sin control. Que después te arrepientes —le advertí.

—Lo llevo bien —se encogió de hombros. Y la verdad era que demasiado bien, lucía estupenda—. ¿Pero podemos cenar ya? Me muero de hambre —resopló, haciéndome reír.

Negando con la cabeza, me senté en mi sitio. Vivía con mis padres y aunque Liam y Alice ya se habían independizado, supuestamente... Seguíamos usando nuestros lugares estuvieran en casa o no. Eso era sagrado.

—¿Y vosotros? ¿Por qué les seguís siempre la corriente?

Miré a mi cuñada y a mi hermano, quien corría tras su hijo porque no quería sentarse a comer. Tuve que evitar reír. La verdad es que verlo así era divertido.

—Está embarazada —dijo Eva como si, por eso, hubiera que concederle todo.

—También es algo tonta, por si no lo recuerdas— fui a quitarle un poco de bacon que había quedado en su porción antes de que se lo metiera en la boca y nos diera la noche, cuando mi

cuñado se me adelantó. Le quitó la pizza de las manos, ignorando la queja de su esposa por verse sin su comida. Quitó todo el bacon que ella había dejado sin darse cuenta, sonriendo a mi hermana tras su acaramelado gracias—. ¿Ves? —miré a Eva y señalé a Alice— Si es que no da para más —resoplé.

Masticando y gimiendo por disfrutar de la comida, me dio con la mano abierta detrás de la cabeza. La miré con ganas de asesinarla, pero ella sonreía tan feliz que terminé suspirando.

Quería mucho a Alice. Mi hermana, junto con Liam y a mis padres, lo eran todo para mí. Y en los últimos meses las cosas no habían sido fáciles. Había pasado miedo por ella al ver cómo un loco obsesionado la obligaba a no sentirse libre.

Gracias a Dios o, mejor dicho, a Noah, todo eso había terminado. Y ella estaba feliz, embarazada y...

—¿Quieres tener cuidado? —gruñó Noah cuando tuvo que impedir que se metiera otro bocado en la boca.

—No lo vi —suspiró ella.

Eva rio, Noah y Liam resoplaron y yo negué con la cabeza.

Desde que estaba embarazada, Alice había comido bacon dos veces. Y las dos terminó en el hospital cuando echó hasta la primera papilla (sí, podéis ver aquí que Noah es algo exagerado cuando se trata de su esposa, que tampoco era para tanto). Le sentaba mal y evitábamos (todos, porque si Alice iba al hospital, todos terminábamos allí hasta saber que estaba bien) que, por mucho que le gustase, ni lo oliese.

—¿Y no es más fácil pedirla sin el jodido bacon? —resopló Liam.

—No —dijeron Noah, Alice y Eva a la vez, en un tono de “mejor ni preguntes porque nadie lo entiende, solo quédate con el no.”

— Y no intentes entenderlo, no lo harías —continuó mi cuñado, confirmando lo que los demás, por el tono de su voz, pensaban.

Creo que ni el mismo Noah lo entendía. Ni él ni nadie, la verdad. Era de tontos, con lo fácil que sería no pedirlo y ya. Pero era como si ella necesitase ver el jodido bacon ahí.

En fin...

Como una cabra estaban todos.

—¿Y Alan? —pregunté tras masticar. Me había extrañado no verlo cuando, donde estaban Liam y Noah, estaba él.

—Mi hermano fue a ver a mis padres, el domingo estará de vuelta.

—Ah —extraño, no me había dicho nada.

—¿No sabías? —preguntó Eva.

—No —tampoco es que le tuviera que dar importancia, pero era raro que no me lo hubiese comentado.

Desde que Alan regresó a nuestras vidas cuando mi hermano y su hermana se reencontraron después de años separados por culpa de un loco, entre él y yo había surgido una bonita amistad. Era mi hombro para llorar y hablábamos casi a diario. Aunque últimamente lo notaba algo distante, pero no le di importancia.

La verdad es que era un gran hombre y, sobre todo, un buen amigo. Siempre dispuesto a escucharnos y a apoyarnos a todos.

Aunque la antigua amistad entre Liam y él se rompió por los sucesos del pasado, habían podido recuperar el cariño que siempre se tuvieron. Me alegraba por ellos, siempre fueron importantes el uno para el otro. Y aunque la vida los separó, por fortuna para ellos volvieron a encontrarse.

Y por desgracia para los demás algunas veces porque, si desde pequeños eran los dos insoportables cuando estaban juntos y, además, desde el reencuentro se les unía el otro amigo incondicional de Liam...

Los tres juntos sacaban de quicio a quien fuera. Como también lo hacían por separado.

—¿Pero está todo bien? —miré a Eva.

—Sí —sonrió mi cuñada—. Solo que, con el trabajo, sabes que le cuesta más poder ir a verlos. Se enteró a última hora de que tenía el fin de semana libre y compró el primer vuelo que encontró.

—Hace bien —sonreí—. Lo mismo me lo planteo hasta yo.

—¿Te planteas qué? —preguntó Alice.

—Irme un par de días de vacaciones, a ver si así os pierdo de vista —resoplé.

—¿Con Alan?

Por qué la pregunta de mi hermano iba con retintín era lo que no entendía.

Lo miré con las cejas enarcadas.

—¿Con Alan qué?

—Que si esas vacaciones que quieres tomarte serían con Alan —me miraba seriamente y por Dios que no entendía a qué venía eso.

—¿Qué tiene que ver Alan?

—No sé, dímelo tú.

—¿Y cómo te voy a decir lo que no sé porque no te entiendo? —miré al cielo.

Como decía Hannah, era un grano en el culo.

—Ujum...

—¿Qué quieres decir con ese ujum, Liam?

—Nada, solo pregunto —se encogió de hombros.

Miré a los demás, quienes me miraban a mí. Atentamente. Todos esos pares de ojos sobre mí.

—¿De qué habla? —pregunté en general.

—Ni idea —dijeron a la vez, pero no me convencían en lo más mínimo.

Suspicaaz, entrecerré los ojos.

—No sé qué es lo que os estáis imaginando. Pero si es lo que me imagino yo, podéis olvidarlo, no tiene ningún sentido.

—Aja... —mi hermano era más que un grano en el culo, se había convertido en un quiste.

—Solo somos amigos —insistí.

—Nadie dijo nada —la cara angelical de mi cuñada no ayudaba a que la creyese. Se encogió de hombros, como si no le diese importancia. Pero los conocía bien y ya podía imaginarme qué era lo que había pasado por sus mentes.

—Deja de malpensar —tuvo el descaro de decirme Alice.

Más les valía a todos, por cómo me miraban con esa sonrisa tonta en la cara y expectantes, que no imaginaran más de la cuenta porque, conociéndolos, estarían pendientes, aún más, a cada uno de mis movimientos.

Sabía que estaban preocupados por mí. Me lo había dicho Alice y lo notaba en la manera en la que me trataban todos. Como con cuidado, sin querer dejarme sola y no entendía por qué.

Era cierto que, últimamente y después de la metedura de pata que tuve, me sentía un poco más nerviosa. Incluso irascible. Pero, no por ello, necesitaba a nadie para levantarme el ánimo.

No me consideraba una mujer débil. Para mí, esos dos términos juntos eran como el agua y el aceite. Pero sí era una persona y, como todos, tenía sentimientos y momentos en los que, tras cometer un error, me culpaba a mí misma por haber sido tan tonta.

No era más que eso. Algo que olvidaría con el pasar de los días.

Además, tampoco había sido algo tan grave por lo que tener que castigarme diariamente. Todo el mundo tiene derecho a fallar y no debe de juzgarse por ello.

Lo importante era seguir adelante.

Pero sabía que todos ellos, sin excepción porque estaba segura de que todos estaban al tanto de que yo me sentía un poco extraña últimamente, estaban preocupados por mí.

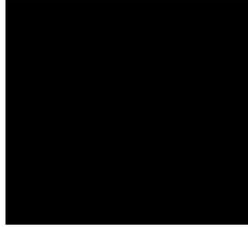
No había necesidad de eso. Fue un error tonto que no tendría mayores consecuencias. Nada más. Un hombre que pronto no tendría que ver más. Un “amor” del que me recuperaría.

O eso era lo que yo creía. Sin embargo, ese error me puso a prueba, llevándome a vivir algo que nunca hubiese imaginado que podría ocurrirme.

La vida tenía algunas sorpresas preparadas para mí y la mayoría no eran de buen gusto.

Un estúpido error me llevó a cambiar mi vida para siempre, sabiendo que nunca volvería a ser la misma. Ni mi vida ni, mucho menos, yo.

Capítulo 2



De vuelta, otra vez, a la gran ciudad.

Había pasado parte del fin de semana con mis padres, no los veía desde que comencé a trabajar como agente del FBI y había estado bien el sentirme, de nuevo, en casa.

Mi padre estaba bien, ya totalmente recuperado del infarto que sufrió un tiempo atrás. Una de las razones por las que Eva, mi hermana, decidió volver de su obligada y necesaria huida.

La verdad era que mi familia, desde que ese loco se fijó en Eva, lo pasó mal. Fue duro para todos nosotros, pero ya había quedado en el pasado.

Mi hermana era feliz con uno de mis mejores amigos de toda la vida y yo me sentía igual por verlos juntos, enamorados y con un bonito futuro.

También me sentía feliz por tener a Liam, de nuevo, en mi vida. Aunque me tocara, más veces de la cuenta, las narices.

Lo hice mal en su momento, fui uno de los culpables de la separación entre los dos y aunque me entendía a mí mismo, a veces me entristecía pensar en cómo les hice daño a ambos. El dolor, la rabia y el orgullo no eran buenos consejeros.

Pero Liam volvía a ocupar su lugar en mi vida, mi mejor amigo junto a Noah, alguien que, aunque me sacaba de quicio más de una vez, se había convertido en otro amigo incondicional.

Desde que me había convertido en agente del FBI por recomendación de mi cuñado, mi vida cambió por completo. La preparación, tanto física como educativa y mental había sido dura. Pero lo logré y ahora formaba parte de ese dúo de agentes que estaban considerados como los mejores de la unidad.

Me gustaba mi trabajo, muy diferente al de ser el sheriff de un pequeño pueblo donde lo más extraordinario que pasaba era que dos ancianos se enzarzaran en una discusión por cortar más césped de la cuenta, entrando en la propiedad privada del otro.

Aún con todo eso, desde que Eva pasó por aquello, tuve claro que mi futuro sería como agente de la ley. Y en ese momento de mi vida, podía decir que había logrado más de lo que nunca imaginé. Era un chico FBI. Mi trabajo, sin duda, era peligroso, pero gratificante cuando terminábamos ayudando a la gente. Ese era nuestro principal objetivo, el bienestar y la seguridad de los ciudadanos de a pie.

Aún con la parte negativa y peligrosa de mi trabajo, era afortunado y como tal vivía. Al menos cuando no tenía que compartir quebraderos de cabezas con esos dos cuando se encontraban en versión “sacar a todos los demás de quicio.”

Respecto a lo otro...

Bueno, no sabía si el viaje me había servido de mucho, en realidad no había aclarado nada. No sabía qué era lo que estaba sintiendo por Hannah.

No podía saberlo, no sin tenerla cerca. Así que de nada me había servido escapar. No me había aclarado una mierda.

Llegué no hacía ni una hora del aeropuerto y ya estaban los dos dentro de mi casa. Y no, precisamente, porque yo los dejara entrar.

—¿Se puede saber qué demonios hacéis aquí? —gruñí cuando los vi medio tumbados en el sofá y tomándose mis cervezas.

—Hola, Alan —dijo Liam como si tal cosa.

—¿En serio te gusta esta marca de cerveza? —resopló Noah— Al menos podías tener la delicadeza de pensar en nosotros y comprar la que nos gusta para cuando vengamos.

Cerré la puerta, dejé la maleta a un lado y negué con la cabeza. No sabía si liarme a puñetazos con esos dos imbéciles y echarlos de mi casa o ponerme a golpear la pared por tener que soportarlos.

—Usted disculpe —dije con ironía—. Pensaba que uno, en su casa, tenía lo que le gustaba a él. No a un par de locos que se cuelan sin permiso —cogí una lata de cerveza y me dejé caer en el sillón—. Ser agente del FBI no os da derecho a invadir una propiedad privada —refunfuñé antes de tomar un trago.

Suspiré, estaba cansado. Puse los pies sobre la mesa y miré a la televisión. Las noticias puestas, así que era Noah quien tenía el mando.

—Es la hora de los deportes —le recordé.

—Sí, sí, ahora lo cambio —eso significaba que no lo iba a hacer, al menos hasta que

terminaran de dar la noticia que escuchaba. Si es que la estaba escuchando...

A Noah le encantaba el deporte, por eso por qué nunca ponía las noticias deportivas en la televisión. Seguro que era por tocarnos las narices a los demás, nada más. Siempre ponía el mismo canal, en él era como un ritual. A veces me preguntaba si de verdad le prestaba atención o solo lo dejaba ahí para, además de ponernos nerviosos, sumirse en sus pensamientos.

A saber, era un ser extraño. Y tocapelotas.

—¿Qué es lo que queréis? ¿Os habéis peleado con vuestras mujeres?

—No —dijeron rápidamente.

Pero nada más. Ni una palabra más. Para ellos, lo importante era eso, lo demás podía esperar.

—Pues nada, cuando os apetezca... Ya me contaréis.

Suspiré, me acomodé mejor y esperé, con toda la paciencia del mundo, porque con esos dos necesitaba dosis extra, a que decidiesen hablar.

—Eva nos dio las llaves —dijo Liam unos segundos después.

Puse los ojos en blanco. Cómo no. Mi hermana ayudando a ese par sin pensar en que mi salud mental estaba, cada día, en juego.

El amor era bonito, no lo dudaba. Pero hasta un límite. Joder, que era su hermano, podía pensar un poco en mí.

—Ya tendré unas palabras con ella —bufé.

—Lo dudo —rio Noah al ver la cara con la que me miró Liam.

—Tiene complejo de rottweiler —miré a Noah y negué con la cabeza—. Maldita cruz me tocó soportar con él.

—Pues para toda la vida, vete acostumbrando —rio Noah.

—Y él va en el lote, además —Liam señaló a su cuñado.

—Eso, vosotros ayudad —la ironía en mi voz—. ¿Y para qué, exactamente, dos hombres enamorados, uno padre y el otro con su mujer embarazada, tienen que estar el domingo por la tarde en mi casa? —pregunté con lentitud. A ver si, de una vez por todas, me decían qué hacían allí.

—Creo que tenemos un problema —gemí ante eso.

Miré a Noah y asintió con la cabeza, dándole la razón a su amigo y cuñado.

—¿Qué problema?

—Eva y Alice están nerviosas. Y yo también —aclaró Liam.

Que de aclaración tenía poco. Mi hermana y Alice eran un manojo de nervios, lo raro sería si estuvieran tranquilas. Y Liam... En fin...

—Será tenéis, sois sus maridos, yo no pinto nada —me tenía que quitar de en medio. Al menos intentarlo, aunque supiera que no sería posible.

—Es tenemos, Alan. Porque si tu hermana está nerviosa, yo me pongo nervioso. Y si tu hermana se preocupa por uno de los míos, me pongo más nervioso aún y...

—Y si se pone nervioso, el problema es de todos —terminó Noah—. Sin contar con que mi mujer no está mejor —entrecerró los ojos.

—Ya veo... Es decir, que están nerviosas a saber por qué y estáis, aquí, tan tranquilos, en mi casa. Como que no cuadra.

—No estamos tranquilos —miré a Noah y os puedo asegurar que sí lo estaba. Esparramado en el sofá, mirando a la televisión y con la lata de cerveza en la mano.

No le veía el estrés por ningún lado.

—¿Qué tengo que ver yo en todo esto? ¿Y por quién, exactamente, estáis preocupados?

Dejando a un lado que fuera conmigo o no, me iba a salpicar. Ya sería por ser amigos, familia o por compañeros de trabajo y joder, no tenía ganas de más sesiones con el loquero. Había tenido suficiente con todas las extras de Noah de los últimos días.

Desde que se había enterado de que iba a ser padre, casi nos vuelve a todos locos. No había escuchado más sobre embarazos y partos en toda mi vida. Su mujer apenas estaba de dos meses y él ya debía de saber más sobre nacimientos que un ginecólogo.

Era desesperante, miedo me daba que llegara el día del parto, a ver si no íbamos a tener que atarlo. O algo peor.

Sonreí cuando me imaginé golpeándolo en la cabeza con la culata de la pistola para dejarlo KO y que dejara de tocarnos las narices. Sería un favor para Alice, seguro.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Liam.

—Por nada —carraspeé, borrando esas imágenes de mi mente y centrándome en esos dos pesados—. ¿Qué es lo que queréis de mí?

—Necesitamos tu ayuda —Noah no quitaba la vista de la televisión, pero estaba en todo.

—¿Mi ayuda para qué?

—Para que averigües qué es lo que está pasando con mi hermana —Liam se sentó recto y Noah, tras apagar la televisión, hizo lo mismo.

Los dos me miraron con seriedad y supe que había llegado el momento de tomárselo en serio.

—¿Con Hannah?

No tenía que preguntarlo, era evidente. Si se tratase de Alice, sería Noah quien se encargaría. Ya me cuadraba todo.

Por lo que yo sabía, a Hannah no le ocurría nada grave. Estaba un poco más seria e irascible últimamente, pero nada preocupante. Todo el mundo tiene derecho a tener sus días malos. Claro que yo podía entenderla porque me había comentado la verdad, pero no podía contárselo a ellos.

Así que me iba a tocar disimular lo más que pudiera.

—Algo le pasa y Alice está preocupada —me aclaró Noah.

—Es su hermana, tu mujer su amiga —le dije a mi cuñado—. Será más fácil que si le ocurre algo, se desahogue con ellas. O contigo, que eres su hermano —señalé a Liam—. No conmigo, tampoco...

—No me vengas con que no tienes confianza con mi hermana, Alan, porque te estampo el puño. No vi las cosas a tiempo con este —señaló a Noah—, pero no me pasará lo mismo contigo —me advirtió.

—¿De qué habla? —le pregunté a Noah, señalando a Liam.

—Ni caso, sabes que es un dramas —sonrió, pero esa sonrisa no me gustó nada.

—¿Y qué le pasa a Hannah como para tener a todo el mundo preocupado? ¿No estáis exagerando un poco las cosas?

—Eso pienso yo —suspiró Liam, de ahí su actitud de tranquilidad—. Pero Eva y Alice no piensan lo mismo. Y, tal vez, yo no esté viendo las cosas y realmente le ocurra algo.

—¿Le has preguntado?

—Hannah no confiaría en mí si es algo personal —negó con la cabeza—. Créeme, todos lo hemos intentado, pero con decir que está bien, basta.

—¿Será porque a lo mejor está bien? —la ironía en mi voz. No entendía por qué les costaba tanto dejar las cosas estar. Ella volvería a ser la de siempre cuando se sintiese con fuerzas— Sigo sin entender, si de verdad algo le ocurre y necesita desahogarse, ¿por qué iba a hacerlo conmigo? —ignoré que los dos pusiesen los ojos en blanco porque no iban a creerme— A ver, ¿qué es lo que queréis exactamente?

—Que hables con ella, a ver si descubres algo —dijo Noah.

—Hannah no es de meterse en líos y aunque creo que estas dos exageran y que ella dice estar bien, sí es cierto que la he visto rara últimamente. No quiero que mi hermana lo esté pasando mal y no tenga con quién hablar.

—Creo que estáis exagerando, no vi nada raro —mentí. Sabía, de primera mano que no lo estaba pasando bien, pero no iba a decírselo a ellos.

Panda de exagerados... Tampoco era para tanto pero claro, era Hannah. Si notaban lo más mínimo en ella, ya exageraban.

Vale, miento, realmente exageraban por todos y por todo.

Hannah y yo nos conocíamos desde pequeños, pero entre nosotros nunca había habido más de algunas palabras intercambiadas a esa edad, lo que era una “amistad” con la hermana de tu mejor amigo.

Cuando Eva y Liam se reencontraron y yo me mudé a esa ciudad, el contacto con ella y con su familia aumentó. Nos convertimos en buenos amigos. Era una chica inteligente y divertida. Un poco dramática y asustadiza por temor a que los suyos sufrieran, lo cual hablaba muy bien de ella.

Hannah trabajaba como publicista en una importante empresa de marketing y tenía pensamiento de montar, no en mucho tiempo, su propia empresa.

Era inteligente para llevar adelante ese sueño y yo sabía que conseguiría todo lo que quisiera. Porque era una luchadora nata.

Hannah era, de verdad, preciosa. Tenía un cuerpo diez, al menos para mi gusto y una cara preciosa con esos impresionantes ojos miel que dulcificaban, aún más, su rostro.

Pero todo era eso, apariencia. Porque era, aunque los demás la creyeran más débil, una persona bastante más fuerte de lo que todos pensaban.

—Tú encárgate de enterarte, como sea, de si hay algo que nos está ocultando. No quiero ver sufrir a mi hermana y que se lo guarde para ella sola. Sé que es lo que suele hacer —suspiró Liam

—. Se preocupa por todos menos por sí misma.

Vaya, no la conocía tan mal.

—Está bien —suspiré, a ver si me los quitaba de encima—. Intentaré averiguar algo, hablaré con ella —accedí—. Pero no prometo nada. Hannah es bastante reservada con su vida y si no se lo cuenta a su propia familia, no sé por qué lo haría conmigo.

—A veces es más fácil con gente de fuera —dijo Noah.

Que no había manera de deshacerme de eso.

—¿Tenéis alguna idea de algo? ¿Alguna sospecha? —intenté averiguar para saber si sabían algo.

—No. Eva piensa que puede ser “mal de amores”, pero conociendo a Hannah, lo dudo. Tiene que haber algo más, ella no lloraría ni cambiaría de actitud por un tío.

En eso también la conocía bien. Sabía qué quería en la vida y no se conformaba con menos.

—No es solo por Eva. Me preocupa mi hermana, Alan. No te pediría el favor si no estuviera convencido de que puedes hacer algo al respecto.

Asentí, lo entendía. Pero estaba equivocado si imaginaba que podría contarle un tema personal por muy preocupado que estuviera. No podría más que decirle que todo estaba bien y que magnificaban las cosas.

—Hablaré con ella —les aseguré.

No me vendría mal, además, verla de nuevo. A ver si así aclaraba un poco mis sentimientos.

—Gracias —sonrió Liam, agradeciéndomelo.

—Entonces vamos a por pasteles —Noah se levantó y se desperezó.

—¿Pasteles a esta hora? —reí.

—Deja de cebar a mi hermana, Noah. Te quiere, no mirará a otro.

—No la cebo —le dio un cate a su amigo y bufó—. Solo la hago feliz. Y si quiere pasteles en el embarazo, tendrá pasteles.

—La que nos queda cuando dé a luz —resopló Liam—. La tendrás a dieta perpetua.

—No me importa —y de verdad no lo hacía.

A Noah le daba igual si su mujer comía por tres, si pesaba algunos kilos más que menos (sinceramente, estaba perfecta), él la adoraba de todas maneras. Y eso era bonito.

Los vi marcharse y suspiré. Soñaba con vivir lo mismo que ellos. No había tenido, precisamente, suerte en el amor.

Quién sabía lo que me depararía la vida. Pero añoraba vivir algo como lo de ellos, por más empalagosos que pareciesen.

Bueno, hablaría con Hannah, pero sin insistir demasiado sobre un tema que ella quería olvidar. Con preguntarle cómo estaba era suficiente, no había que ahondar más en algo que terminaría por molestarme más a mí mismo por saber de ello que a ella por tener que responder a mis preguntas.

Sintiese lo que sintiese por ella, fuera amistad o más, lo que tenía claro es que no quería saber o hablar sobre otro.

Hannah era una gran amiga y la verdad es que me preocupaba por ella. Mi hermana era feliz, no me necesitaba. Alice, con Noah cerca, nunca había necesitado a nadie más para escucharla o ayudarla y viceversa.

Hannah... Ella, quizás por estar soltera dentro de ese círculo, como yo, había sido más afín a mí, llevándonos a tener una bonita amistad. Teníamos confianza, nos hablábamos por mensajes y nos contábamos algunas cosas. Estaba al tanto del desliz que tuvo con su jefe, me lo contó hacía un tiempo, supongo que necesitando desahogarse con alguien. Aunque no entró en detalles, lo que me contó fue suficiente para que yo terminara imaginando el resto de la historia.

Conocía bien a ese tipo de hombres...

Ella se había sentido muy mal por ello, él la había tratado como lo peor, como si fuera solo un trozo de carne y no una persona con sentimientos.

Ella no tenía la culpa de nada. Solo se había “enamorado” de alguien que no merecía la pena.

La verdad era que, desde ese momento, mi relación con ella se había enfriado un poco. No me había gustado saber que estaba con alguien más. Que estaba sufriendo por alguien más. Fue ese el momento en el que entendí que mis sentimientos por ella podían ser más que una simple amistad.

Y por eso me distancié un poco.

Más valía prevenir que curar.

Ella era libre, evidentemente y mi reacción no había sido lógica. Así que para evitar cualquier posible malentendido, ni un mensaje para saber cómo estaba le había mandado en los últimos días.

Ni siquiera le había dicho que iba a ver a mis padres.

Necesitaba un poco de espacio y separarme de ella porque me había asustado la intensidad con la que me molestó el saberla en brazos de otro. Tenía todo el derecho del mundo a vivir y yo ninguno a sentirme así.

El miedo a que pudiera sentir por ella algo más que la amistad que me había ofrecido sabiendo, además, que era un imposible para mí y que solo me veía como eso, como un buen amigo en el que confiar, era suficiente para mantenerme alejado y esperar a que mis emociones se calmasen.

Y ahí estaba, teniendo que ir a verla porque hasta yo me había preocupado imaginando que, quizás, ese tiempo que no tuvimos contacto pasó algo y por yo estar distante no me contó. Y con miedo a lo que sentiría al verla.

¿Volvería a verla como a la amiga que era y todo aquello que sentí quedó atrás? ¿O realmente se había convertido en algo más para mí?

Si era así, no se lo diría. Y tendría que tomar la decisión de alejarme más tiempo porque no quería ni sufrir si mis sentimientos eran más que una simple amistad ni ver cómo los demás podían pasarlo mal por ello.

Tomé una ducha y salí hacia su casa. Rezando, por el camino, para que la tontería se me hubiera pasado y por volver a ver a la Hannah con la que me reencontré: a esa que era una gran amiga, pero que nunca debía mirar como mujer.

¿Qué me esperaría detrás de esa puerta?

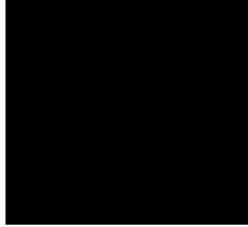
Tenía tanto miedo a eso como al preguntarle qué le ocurría. Porque no quería escuchar de nuevo, y eso sí lo tenía claro, que ella había vuelto con él...

No, al menos, hasta saber que mis sentimientos por ella no iban más allá de una simple amistad.

Me monté en el coche y suspiré.

Pronto tendría la respuesta.

Capítulo 3



Se me había pasado el fin de semana en un abrir y cerrar de ojos, casi ni cuenta me había dado.

Esa semana, en el trabajo, fue algo extraña. Notaba diferente a mis compañeros. Y aunque intentaba no sentirme el blanco de algunas risas o cuchicheos, la verdad era que estaba empezando a pensar que hablaban sobre mí.

No tenían razones para ello. Llevaba en la empresa varios años, desde que entré como becaria. Y estaba contenta allí, había aprendido mucho de mi antiguo jefe. Y era muy buena en mi trabajo, como también me llevaba muy bien con todos.

La cosa cambió cuando su único hijo tomó el relevo, haciéndose cargo de todo lo relacionado con los negocios del padre.

John Gates, mi actual jefe y el hombre con el que, por imbécil, me había acostado varias veces.

Llegó como un aire fresco. Un hombre con nuevas ideas y proyectos que se ganó rápidamente a la gente. Hasta yo terminé deslumbrada y olvidando que, además de mi jefe, era un hombre casado.

Terminé tumbada sobre su escritorio mientras me dejaba hacer. Como terminé en el baño de la empresa cuando todos se marcharon. O en el parking...

Varias veces que estuvimos juntos en las que yo creí cada una de las palabras de amor y promesas que me hizo de estar conmigo para que se rompiera todo con una simple frase, un insulto que me caló hondo y por el que me puse a analizar mi vida sentimental, encontrando que era así.

Nunca, nadie, había visto más en mí que sexo.

Era triste y doloroso a la vez.

Seguía con mi trabajo sin mayores contratiempos. Hasta que desde hacía no demasiado, notaba que era el blanco de burlas y chismes a escondidas. Susurros que terminaban en carraspeos cuando yo me acercaba, risas mientras me miraban de reojo o algo así.

Intentaba aparentar normalidad, pero ya ni a comer conmigo se sentaban. Así que, desde que eso venía sucediendo, solo esperaba que mi contrato llegase a su fin para marcharme de allí y, con suerte, poder hacer lo que siempre quise: tener mi propia pequeña empresa de publicidad y marketing.

Para ello aún quedaban un par de meses y por cómo estaban las cosas, no sabía si me quedaría paciencia para soportar tantas horas en la oficina sin terminar gritando para enterarme de qué demonios era lo que les pasaba a todos.

Tenía que tener paciencia. Tenía que respirar y llevarlo todo de la mejor manera posible. Solo un poco más y ese lugar que antes tanto me gustaba y que últimamente me daba ansiedad pisar, desaparecería de mi vida.

Por todo eso estaba más susceptible de la cuenta.

La verdad era que comenzó desde que John apareció en mi vida. Me hizo sentirme tal mal lo que hubo entre los dos que afectó a mi humor. Mi familia y amigos lo habían notado, pero intenté que no demasiado.

Solo que las últimas semanas ya se me había ido todo de las manos, por eso no solían dejarme sola. Miedo, quizás, a que me ocurriese algo grave.

Pasaría pronto, yo volvería a la normalidad y ellos olvidarían el tema. Tampoco había que exagerar las cosas. Solo un poco más de tiempo y se acabaría todo.

Sonó el timbre y tras unas cuantas maldiciones, me levanté. Si eran los pesados de mis hermanos, los iba a mandar bien lejos.

Abrí la puerta y enarqué las cejas al encontrarme, solo, a Alan.

Miré tras él, pero no había señales de nadie más.

—¿Puedo pasar? —sonrió.

—Claro, perdona. Solo me extraña que vengas solo —lo dejé entrar y cerró la puerta—. ¿Todo bien? ¿Ocurre algo?

—¿Tan raro es que te visite?

—A esta hora sí —reí.

—Todo bien —me guiñó un ojo—. Estaría mejor con una cerveza.

—Hecho.

Fui a por ella y me senté a su lado, en el sofá.

—¿Cómo están tus padres? Me dijo Eva que estuviste con ellos.

—Sí, cogí el billete a última hora y ni te avisé, perdona.

—No tenías por qué hacerlo —reí.

Aunque me hubiese gustado que sí, un mensaje de texto no costaba tanto.

—No tengo nada que ocultarte —bromeó—. Y por eso mismo estoy aquí.

—¿Qué ha pasado? —fruncí el ceño.

Alan tomó un poco de cerveza y la dejó sobre la mesa.

—Tu hermano y Noah estaban en mi casa cuando llegué.

—¿Cómo en tu casa?

—Eva les dio las llaves —puso los ojos en blanco.

—Ah —tuve que reírme, eran incorregibles—. ¿Y qué hacían allí?

—Están preocupados por ti. Y están preocupados por ellas porque están preocupadas por ti.

—Joder —resoplé—. Estoy bien, Alan, solo exageran.

—Eso les dije, pero me encargaron venir y asegurarme de que era así. Y bueno, prefería verte y ver que todo iba bien.

—Estoy bien. De verdad, aquello quedó en el pasado.

—¿No ha vuelto a insistir? ¿A intentar...? —notaba que le incomodaba hablar sobre el tema.

—No —le aseguré.

—Bien... —se quedó observándome unos segundos y me removí, algo incómoda ante el minucioso examen de esos ojos negros— ¿Entonces qué es lo que te pasa, Hannah?

—Nada —dije rápidamente.

—Sabes que nunca revelaré algún secreto tuyo, puedes confiar en mí. Y te conozco un poco, algo te preocupa.

—Es que ni siquiera sé si ocurre algo, Alan —suspiré y apoyé mi espalda en el respaldar del sofá—. A lo mejor son imaginaciones mías y me estoy agobiando por nada.

—Cuéntame. Sea lo que sea, necesitas sacarlo, te hace daño dejar las cosas dentro.

No me conocía solo un poco. Me conocía bastante bien. Cuando era algo relacionado conmigo, prefería librar mis batallas sola, no me gustaba preocupar a los demás cuando yo solía ser demasiado sensible y tendía a exagerar en algunos momentos.

Cogí aire, si tenía que llamarme exagerada, que lo hiciera.

—He notado algo extraño en el trabajo, pero no tiene ningún sentido.

—¿El qué? —frunció el ceño.

—Es como si me sintiera observada. A veces llego y, de repente, mis compañeros se callan. Ya ni se sientan conmigo a comer. A veces me miran y se ríen o susurran cosas —negué con la cabeza—. Ya te digo que debo de estar paranoica, porque no hay otra explicación.

—¿Comes sola?

—Sí. Un día llegué antes a la cafetería donde desayunamos y cuando llegaron ellos, se sentaron en otra mesa diferente. Desde ese día, las cosas están así. No sé qué ocurre y supongo que me tiene un poco más nerviosa de la cuenta. Pero ya ves, no es nada grave —intenté sonreír, aunque me dolía el trato que recibía de ellos.

—¿No has hablado con ellos?

—No, ¿para qué? Realmente no somos amigos —me encogí de hombros—. Me queda poco en la empresa y cuando me vaya, no tendré que verlos. Me olvidaré y ya.

—Entiendo...

Se quedó en silencio y con cara de preocupación. Poniéndome más nerviosa a mí.

—Ahora es cuando me dices que todo está bien, que son imaginaciones mías y que no haga ni caso. Que intente relajarme y que pronto me iré de allí —bromeé.

—No te considero exagerada, Hannah —dijo seriamente—. Cada uno gestionamos las emociones como podemos o como sabemos.

—Preferiría escuchar lo que te dije —suspiré.

—¿Crees que tiene algo que ver con...?

—No —lo corté rápidamente, antes de que lo dijera. Si es que era capaz de decirlo con todas las letras—. Nadie sabe lo que ocurrió y él no sería tan estúpido de contarlo pudiendo terminar con su matrimonio —y yo creyéndome que podía hacerlo por mí, era una ingenua de primera.

—Esas cosas se notan —carraspeó, incómodo—. Tal vez alguien vio algo...

—No creo —volví a negar—. Y si es así, bueno... Se les pasará. Yo solo quiero que pase este tiempo y marcharme sin mayores problemas.

—Dos meses es mucho tiempo si te sientes desplazada en tu trabajo.

—Podré con ello —le aseguré—. E intentaré que los pesados estos olviden el tema.

—Eso lo veo más complicado —rio.

—Lo sé —reí yo también—. ¿Y tú estás bien? —tenía la sensación, a lo mejor errónea con todo lo que había estado viviendo, de que me había estado evitando.

No tenía que haberle contado lo que ocurrió con John, parecía haber enfriado nuestra amistad. Pero confiaba en él y había necesitado hacerlo.

—Sí, claro.

Cogí su mano y noté cómo se tensaba. Sonreí mirándolo a los ojos.

—Estoy bien, de verdad —le di un apretón y la solté.

—No te creo, Hannah y no me gusta verte mal —me miraba con el ceño fruncido, con su cara de preocupación.

—Estoy bien —resoplé y me levanté. No me gustaba que insistieran si yo no quería hablar de algo.

Noté cómo se acercaba a mí por la espalda.

—¿Lo quieres?

Me puse en tensión.

—No. Ni él a mí, solo era sexo.

—Y eso es lo que te hace sentir mal.

Odiaba que me conociera tan bien. Sí era eso lo que me hacía sentir mal. El estar con alguien casado. El saber que solo me veía como a una segundona, a una distracción para el sexo.

Era así como me habían visto todos y cada uno de los hombres con los que había estado. Nadie, jamás, vio nada más.

Y eso, sin poder evitarlo, me dolía.

Porque yo anhelaba mucho más en la vida.

Me giré y lo encaré.

—Sí, me hace sentir mal, pero es lo que hay. Yo solo soy mujer para un rato —ya estaba, ya se lo había dicho. Era lo que John me había dicho con bastante claridad.

—¿En serio crees eso?

—¿Qué quieres que piense, Alan? Es así como me han tratado todos —se encogió de hombros—. Cada uno tiene que aceptar lo que es.

—Tal vez es que tú no has elegido a los hombres correctos, ¿no te parece?

—Puede ser, ¿qué más da?

—Da, Hannah, porque no todos somos iguales.

Me reí, no pude evitarlo. Una risa cínica porque era lo que me salía.

—Todos lo sois, Alan y todos usáis la misma frase típica. No soy como todos... Claro que lo eres.

—¿Eso piensas?

—Claro. Mírame, ¿qué ves?

—A una mujer preciosa. A una gran amiga.

—¿Nada más, Alan? —lo azucé un poco, a ver si llevándolo adonde quería, a ver si me entendía— ¿No me has visto nunca como nada sexual?

—No vayas por ahí, Hannah.

—¿Por qué no? ¿Qué hay de malo si es así?

—Yo no juego con nadie, eso hay de malo.

—Tener sexo consentido no es jugar, ¿no te parece?

—Será mejor que me vaya. Cuando se te pase la tontería, me avisas.

—Espera —lo cogí del brazo—. Lo siento, me he pasado un poco —suspiré.

—Es que no sé qué es lo que te pasa, Hannah. Ya me estás preocupando. ¿Me hablas de sexo a mí?

—¿Por qué no? ¿No te gusto? —bromeé.

—Maldita sea, no es eso. Pero no sé qué es lo que necesitas escuchar para sentirte mejor y no me está gustando nada.

—No estoy esperando nada, Alan, ¿pero sabes qué? No vendría mal la verdad. Al menos uno que me dijera la verdad.

—¿Qué verdad?

—¿La verdad! Porque de verdad, estoy un poco cansada de que todos quieran llevarme a la cama y que usen tretas. Por una vez, Alan, me gustaría sentir que hay algo más. Un cariño, algo... O joder, que alguien me diga que quiere follarme sin andarse por las ramas, que no hace falta calentar tanto la oreja.

Lo había soltado todo sin pensar. Era evidente que necesitaba hacerlo.

—¿Es eso lo que necesitas? ¿Que te diga que deseo follarte? —me tensé cuando usó ese tono.

—No —dije enfadada—. Realmente lo que necesito es que alguien quiera más que follarme.

—El problema no son los hombres, Hannah. El problema eres tú.

—¿De qué mierda hablas? —con eso sí que iba a enfadarme y mucho.

Yo no era un maldito problema para nadie, ¿cómo se atrevía a decirme eso?

—De tus elecciones. Eres tú quien siempre elige el mismo tipo de hombre —dijo en tono “¿no es evidente?”

—Como si alguno no pensara en follar.

—Lo hacemos, créeme que todos lo hacemos. Pero no solo hombres, vosotras también. ¿Crees

que no he pensado en ti, Hannah? ¿Crees que no he deseado follarte?

—Déjalo, Alan —dije enfadada, intentando alejarme de él.

—Claro que te deseo, Hannah. En realidad, he soñado muchas veces con eso —me agarró por la cintura y me pegó a su cuerpo—. ¿Quién no lo haría con alguien como tú?

—Alan... —le advertí.

—Ahora me escuchas —gruñó—. Y vas a quitarte, de una vez por todas, tantas tonterías de la cabeza. No soy un santo y me pones como lo haces con cualquiera que tenga sangre en las venas. Como te ponen esos tíos a ti, porque el sexo es de dos. ¿No es tuyo, en parte, el problema, Hannah? Porque créeme, por más que desee, y créeme que lo deseo y mucho, hacerte mía, no lo haría sabiendo que solo seré una noche para ti.

Lo había dicho tan enfadado que me quedé completamente paralizada.

—¿Me estás diciendo que me deseas de verdad? —porque joder, nunca me había imaginado eso.

Observé sus ojos negros y algo se encendió en mí. Algo en mi estómago que no me dejaba respirar con normalidad.

—Lo hago. ¿Te hace sentir mejor eso, Hannah? ¿Es lo que necesitas? ¿Que alguien como yo, que te conozco bien, siga deseándote sí o sí?

Joder, yo lo único que necesitaba era desahogarme y ahora me encontraba mirando a mi mejor amigo como a un hombre. Iba a tener razón él y la del problema iba a ser yo.

Estaba guapo, incluso enfadado, eso no podía negarlo.

Me quedé mirándolo mientras mi cuerpo, inevitablemente, se excitaba.

No podía ser que estuviera sintiendo deseo por él, no de esa manera.

Pero él decía haberlo sentido por mí, ¿no?

—¿Me deseas? —pregunté, de nuevo, en un susurro.

—Que arda en el infierno si no es así. Pero...

No le di la oportunidad de terminar la frase, no cuando sin entender cómo, yo me estaba muriendo por sentirlo.

—Hannah, ¿qué haces?

—No lo sé —dije sobre sus labios—. No quiero pensar.

Volví a besarlo, esa vez sin controlarme y noté el momento exacto en que él perdió el control.

—Mierda —gruñó antes de cogerme por la cintura y elevarme.

Enrosqué mis piernas en su cintura y me agarré a su pelo, apretándolo más contra mí.

—Fóllame —le pedí—. Dios, lo necesito.

Necesitaba sexo y necesitaba más que eso. No podía ni explicarlo, no sabía hacerlo.

Terminamos cayendo en el sofá y quitándonos la ropa el uno al otro. Besándonos sin poder parar, dejándonos llevar por esa locura.

—Hannah, por Dios, reacciona —me pidió.

—No quiero —volví a besarlo, lo que menos necesitaba era pensar.

—Te vas a arrepentir de esto mañana.

—Mañana veremos. Ahora no, Liam. Necesito sentir, hazme sentir —le pedí.

Él gimió y cuando se protegió y entró en mí, creí que iba a morir por el placer.

—Alan...

—Mierda —gimió, quedándose quieto, dentro de mí.

Poco a poco, comenzó a moverse y yo a retorcerme bajo su cuerpo. Sentía que no tenía suficiente aire, sentía que me iba a romper en mil pedazos.

—Alan, no puedo...

—Entonces dámelo —me ordenó, metiendo una mano entre los dos, rozándome y haciéndome ver las estrellas.

—Joder —gruñó cuando su orgasmo llegó—. Maldita sea... —se dejó caer sobre mí y suspiró pesadamente.

—Esto ha sido una locura.

Él levantó la cabeza y me miró.

—Sabía que te ibas a arrepentir —salió de mí y se levantó para vestirse.

—¿Adónde vas?

—Será mejor que me vaya, Hannah.

—Maldita sea, Alan, no me hagas sentir como un polvo más o sin importancia.

—¿Es eso lo que te he hecho sentir mientras estaba dentro de ti? —con su bóxer puesto, se agachó en el suelo y me acarició la cara, quitándome el pelo de ella— No sé qué querías que te demostrara o qué querías comprobar. El sexo es sexo. Es lo demás lo que te demuestra que no es igual. Solo espero que no hayamos jodido las cosas por algo así.

—No se va a joder nada. Como dices, solo fue sexo.

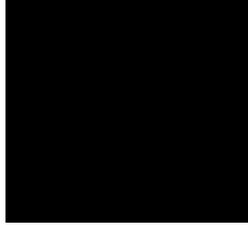
—No en ese sentido, Hannah. Pero si tú no quieres sentirte utilizada en esto. Créeme, yo tampoco.

Me dio un beso en la frente y con su ropa en la mano, fue hasta la entrada, la puerta no tardó mucho en abrirse y cerrarse.

Resoplé y cerré los ojos. No solo me había acostado con mi amigo, sino que lo había disfrutado.

Volvía a sentirme mierda. Y esa vez la culpable sí era yo.

Capítulo 4



Maldita vida...

Cerré la puerta de mi casa de un portazo y me dejé caer en el sofá. Con un brazo sobre mis ojos, intenté relajarme. La furia me consumía.

Desde el momento en que abrió esa puerta, supe que estaba jodido. Después de haberme alejado y de no verla durante días, pensando que, tal vez, todo era cosa mía, cuando la vi de nuevo supe que estaba verdaderamente jodido.

Mi corazón había dado un vuelco.

Sentía algo por esa mujer.

Ese pensamiento me hizo desear salir corriendo de allí, montarme en el coche y desaparecer. Nunca antes me había enamorado, lo mío era... Yo no creía estar hecho para eso, nada más.

Me gustaban las mujeres y la buena compañía. Lo mío eran las relaciones esporádicas y rápidas, sin compromiso alguno.

Mentiría si dijera que nunca había deseado que llegara la persona que me hiciera sentir algo más. Quería conocer, de primera mano, si esas mariposas que revoloteaban en el estómago existían.

Lo de las mariposas no lo había vivido. Ahora, la sensación de que me apretaban el corazón y me faltaba el aire al verla estuvo bien presente.

¿Eso era amor?

Mejor ni responder a eso o iba a terminar la noche más jodido aún.

Eso no podía estar ocurriéndome a mí. Sencillamente, no podía ser. Una cosa es que esa mujer me gustase porque joder, era humano y sabía admirar la belleza, la valentía y un sinfín de cualidades que, aunque se piense lo contrario, los hombres también vemos.

Pero otra muy diferente era el pensar en que podía pasar con esa mujer el resto de mi vida. Y eso fue lo que pensé cuando miré esos preciosos ojos.

Pánico, había sentido pánico.

Fui, entré y hablé con ella. Mencionar lo que había pasado con su jefe me enfrió un poco. No había sido, en su momento, plato de buen gusto enterarme de algo así y ahora entendía por qué.

Tampoco fue fácil hablar sobre ello. Pero tenía que hacerlo y comportarme como el amigo que era.

Me había quedado más tranquilo al saber que entre ellos no hubo nada más.

Apreté la mandíbula por imaginar que pudiera amar a otro y aunque eso sería lo normal, porque yo no tenía por qué ser correspondido, no podía evitar sentir dolor por ello.

Señal inequívoca de que lo que sentía por ella era profundo y no una simple tontería.

Estaba más jodido de lo que pensaba.

Y, para joderme más, si es que eso era posible, me había llevado al límite y me había acostado con ella.

¡Maldición! ¿Cómo había ocurrido eso?

Lo mío, en parte, era normal. Pero lo de ella... ¿Por qué me había provocado así? ¿Qué es lo que estaba buscando? ¿Que la alabasen? ¿Que la hiciesen sentir realmente deseada?

No importaba eso, había caído como un tonto.

Y había sido el mejor sexo de mi vida.

Sentirla entre mis brazos, sentirla mía. Era algo que no olvidaría nunca. Aunque para ella no hubiese significado nada.

Decidido, estaba más que jodido.

Estaba enamorado de una mujer para la que solo era un buen amigo.

Estaba enamorado de una mujer con la que había tenido el mejor sexo de mi vida.

Joder, estaba enamorado por primera vez en mi vida.

Estaba realmente jodido.

Y lo único que podía hacer, por el momento, era no acercarme demasiado a ella.

Quizás, con el tiempo, con mis emociones ya controladas, podría volver a ser el amigo que ella necesitaba. Y el que siempre había estado ahí para ella.

Ahora era una cuestión de supervivencia. Necesitaba proteger mi corazón y evitar sufrir todo lo que pudiera. Solo podía conseguirlo si no la veía. Solo así lograría calmar el torbellino que sentía por dentro.

Y no quería ni pensar en si mi huida le había hecho daño o no.

Tenía que proteger mi corazón. Eso era lo único que había sacado en claro esa noche después de tanto pensar.

Eso y que, por más que quisiera evitarlo, ya iba a sufrir.

Había pasado más de una semana desde que tuve a Hannah entre mis brazos. Una semana de mierda, para qué iba a mentir. Solo la había llamado para decirle que se relajara, que no ocurría nada con Hannah.

Había tenido excusas, porque acababa agotado en el trabajo, para no ver a mi hermana en todo ese tiempo. Prefería no hacerlo porque conociéndola, y con lo bien que ella me conocía, averiguaría que algo no iba bien con solo mirarme.

Pero las excusas, al parecer, se me habían acabado.

Y no precisamente por mi hermana, sino por el tocapelotas de mi cuñado y mi otro compañero.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí? —pregunté cuando me encontré en el despacho de Smith, sentado frente a esos dos.

—Es momento de terapia —dijo el loquero.

—Ah... —miré al otro lado de la sala, él seguía en su escritorio, trabajando en sus cosas—
¿Y cuándo empieza?

—Cuando ellos quieran.

—¿Qué tienen que ver ellos? —no entendía nada.

—Nosotros pedimos la terapia y Smith nos deja hacerla —aclaró Noah, sonriendo.

—¿Que vosotros vais a hacer qué? —no salía de mi asombro— Paul —miré al loquero—. Si

no vas a hacer tu puto trabajo, me voy.

—¿Ves? Está de un humor... —resopló Noah.

—Como lo estuviste tú cuando te ocurrió aquello con mi hermana —le recordó Liam y, de repente, soltó un sonoro suspiro—. Oh, mierda, no —gimió—. ¿Pero por qué siempre me doy cuenta tarde de las cosas?

—A mí no me pasa nada con Alice —dije rápidamente.

—Más te vale —me advirtió Noah.

—Me refería a Hannah, pedazo de imbécil —exclamó Liam.

—Con esa tampoco —carraspeé—. Smith, ¿me puedo marchar?

—No, porque entonces no me pagan la sesión extra y créeme, aunque os parezca que yo trabajo por amor al arte, no lo hago de buena gana si no cobro.

—Será capullo, pero si no estás trabajando —suspiré—. ¿Qué queréis? —miré a esos dos locos.

—Solo saber qué te pasa —dijo Noah.

—¿Y no es más fácil preguntarme a mí? ¿Tenéis que montar semejante drama? Seguro que esto ha sido idea tuya —miré a Liam, era el rey del drama.

—En realidad fue de los dos —aclaró Noah.

—Que os den —me fui a levantar, pero Smith habló en ese momento.

—Le pasa que no necesita, en este momento, que os metáis en su vida. Dejadlo que cuando necesite hablar, lo hará.

—¿Desde cuándo son las cosas así? —mi cuñado estaba alucinando.

—Desde siempre —dijo el loquero—. Menos con vosotros dos porque sois dos casos especiales —rió.

—Serás capullo —se quejó Liam.

—Pues hala, ahí os quedáis —iba a salir de allí cagando leches.

—Pero Alan, joder, espera —me pidió mi cuñado de buenas maneras—. En serio, me preocupas.

Suspiré y puse los ojos en blanco.

—No me pasa nada, Liam. De verdad. Solo necesito un poco de tiempo. Han sido muchos cambios.

—¿Seguro?

—De verdad —le di un par de palmadas en el hombro—. Tranquilo, hombre, se me pasará.

Fui hacia la puerta y suspiré.

Lo que tenía que aguantar con esos dos... No sabía si era peor la pena de amor o los dos amigos tocapelotas que estaban pendientes a cada uno de mis movimientos.

Porque eran quienes eran, sino ya les habría roto la nariz.

Par de exagerados... La que liaban solo porque estaba, un poco, de mal humor.

—Alan —me llamó Liam antes de que saliera.

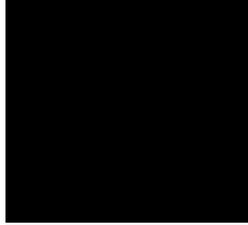
—¿Qué? —pregunté sin girarme.

—Ella también está bastante mal.

Me fui y cerré de un portazo. Maldito idiota, no tenía que haberme dicho eso.

Joder.

Capítulo 5



Las cosas en el trabajo iban de mal en peor. Y, para colmo, después de lo que ocurrió con Alan, sentía que no podía desahogarme con nadie.

John había intentado, de nuevo, acostarse conmigo. Y yo, idiota por lo mal que me sentía, me dejé llevar. Así que terminé dejándolo hacer.

Me sentía como una puta. Me sentía asquerosa. Había caído por simple necesidad de sentir un poco de afecto.

Era injusta conmigo misma, pero no podía evitarlo. Porque me asqueaba.

Y lo peor de todo era que ni siquiera había disfrutado.

Intentaba que no me afectase ni el vacío que me hacían mis compañeros, que no me afectase el haber sido débil, de nuevo, con ese hombre. Como intentaba, sin éxito, que no me afectase cuánto echaba de menos a Alan.

Alan era mi mayor problema en ese momento. Porque para mí no fue solo sexo lo que hubo entre él y yo. Fue... Especial y diferente.

Podía haber jodido nuestra amistad y eso era lo que más me dolía.

Como me dolía el querer vivir de nuevo lo que había tenido con él.

¿Qué demonios me estaba pasando?

El timbre de la puerta sonó y yo suspiré pesadamente, seguro que era el pesado de mi hermano, que le había dado por hacerme una visita diaria cada tarde, después de salir del trabajo.

Solo se quedaba sentado en el sofá, sin decir nada. Esperando a que, como él decía, yo hablase si lo necesitaba. Y lo hacía cada día aunque yo no dijese ni una sola palabra.

Debía de estar más preocupado por mí de lo que yo misma me imaginaba.

Abrí la puerta sin ni siquiera mirar. ¿Para qué? Era evidente que era él. Dejé que entrara, yo volvería a mi sofá y a mi mundo.

—No creo que sea bueno lo poco que piensas en tu seguridad.

Me giré de golpe cuando la voz de Alan sonó.

—Mierda —con la mano en el pecho por el susto, intenté que las pulsaciones volvieran a la normalidad—. ¿Qué haces aquí?

Parecía cansado, no debía de estar durmiendo bien. Con las manos en los bolsillos, mirándome fijamente.

—Me dijeron que estabas mal, solo vine a asegurarme de que todo iba bien.

—Estoy bien. Puedes irte —si eso era lo único que quería, podía marcharse por donde vino.

—Hannah...

—No, Alan. De verdad, no quiero hablar de ello, nos hará daño.

—¿Por qué esas ojeras?

—No duermo demasiado, solo eso. Ahora, si no te importa...

Le señalé el camino con la mano, pero él me ignoró y se acercó a mí, Giré la cara, pero su mano no tardó en ponerse sobre mi mandíbula para obligarme a mirarlo.

—No quise hacerte daño.

—Pero me lo hiciste. Me trataste como ellos.

—No digas tonterías, Hannah —resopló—. Sabes que no es así. Pero yo también tengo sentimientos y no quiero pasarlo mal.

—Bueno... No parece que lo estés pasando muy bien —dije con ironía por su aspecto.

—No —suspiró, se separó de mí y se sentó en el sofá—. Metimos la pata hasta el fondo y yo me comporté como un capullo. Lo siento. Pero tenía que alejarme.

—¿Por qué? —me senté a su lado, dispuesta a entender.

—Porque para mí no fue solo sexo. Nunca te he visto de esa forma.

—¿No me deseabas?

—No sigas por ahí —resopló—. Te demostré que sí. Pero eres mucho más. Y prefiero tener como amiga, aunque me duela, que el poder perderte por unos momentos de placer.

Tragué saliva. Nadie me había dicho nunca algo así.

—¿Por qué no se pueden tener las dos cosas? —susurré.

Él me miró a los ojos, la sinceridad en los suyos.

—Porque lo que puedo llegar a sentir me puede hacer daño, Hannah. Tú, quieras o no, estás enamorada de otro. Yo solo soy... Un salvavidas. Y eso me puede hacer daño.

—No eres solo eso para mí.

—Puede que no, pero no sientes mucho más que cariño de amigo. Lo he pasado mal estos días y si vuelvo a meter la pata, lo pasaré aún peor.

—Yo también te he echado de menos —reconocí.

—No es solo eso —dejó caer su cuerpo hacia atrás—. Es estar cerca de ti y desearte. Es un jodido infierno.

—Alan...

Mierda, no quería ver cómo lo pasaba mal, no era eso lo que necesitaba. Era mi amigo, quería verlo bien. Y me dolía ser yo la causante de ese daño.

—Te deseo, Hannah. Y quiero mucho más que sexo. Aún no sé qué exactamente, pero...

Sin pararme a pensar en ello, me puse de rodillas, a su lado.

—Mírame —cogí su cara entre las manos.

—No hagas eso —puso sus manos en mis caderas e intentó separarme un poco.

—Alan, mírame —insistí—. Te he echado de menos. Como amigo. Y también he pensado en lo que ocurrió entre nosotros.

—Arrepentida, supongo.

—No. Desconcertada. Pero arrepentida no. Fue... Diferente a lo que siempre viví.

—¿Eso es bueno o malo?

—Es...

—Joder, ni me lo digas. No quiero saberlo. Dejemos las cosas como están, Hannah, se pasará y lo olvidaremos.

—¿Podrías olvidar algo así?

—El tiempo ayudará.

—Será a ti, Alan. Porque yo no entiendo qué me hiciste sentir, pero te aseguro que no he podido olvidarlo.

—Hannah...

—Solo deseo sentirlo de nuevo —reconocí.

—Joder, no me digas eso.

—Es la verdad. Y siento si por ser sincera rompo nuestra amistad. Pero no quiero perderte como amigo como tampoco quiero dejar en el olvido lo que ocurrió.

—Estás loca, no sabe lo que dices.

—La verdad es que todo esto es nuevo para mí. No entiendo qué me ocurre. Solo que quiero vivirlo de nuevo.

—¿Y después?

—No lo sé —suspiré—. Ese es el riesgo a correr.

—¿Quieres correrlo? ¿Aunque salgamos dañados?

—Sí —dije rápidamente—. Porque es la primera vez que de verdad siento algo más.

—Hannah...

—Es una decisión de los dos, Alan.

—Te deseo, Hannah, pero tengo miedo.

—Yo también, todo es nuevo para mí. Pero te echo de menos. Y te deseo —dije con sinceridad.

Un gruñido salió de su garganta. Puso su mano en mi nuca y me acercó a él para besarme.

—Nos vamos a arrepentir de esto.

—De esto seguro que no —le aseguré, sentándome a horcajadas sobre él.

Era cierto que no sabía qué me ocurría, solo que desde que lo había visto allí, algo se había activado, de nuevo, en mí. La necesidad de tenerlo cerca, de que me tocara de esa forma especial.

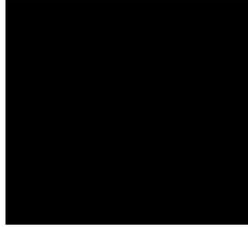
La necesidad de saber que seguía siendo parte de mi vida.

Y el deseo. El crudo deseo que nunca pensé que podía sentir por él.

Era todo tan extraño... Pero no quería pensar, solo dejarme llevar y al diablo con las consecuencias.

Necesitaba a Alan y eso era lo único que me importaba en ese momento.

Capítulo 6



La besaba. Otra vez la estaba besando. Pero esa vez con un hambre voraz, sin controlarme como hice la primera vez que la tuve entre mis brazos.

Cuando Lian me dijo que estaba mal, me sentí un capullo y terminé, casi sin darme cuenta, por conducir hasta su casa. Podía pasar lo que fuera entre nosotros, pero no podía saber que ella lo estaba pasando mal.

Eso me corroía por dentro.

Estuve perdido desde el momento que llamé a esa puerta. Estuve perdido desde el momento en que me miró a los ojos. Y estuve más perdido aun cuando me dijo que me deseaba.

“Te echo de menos.”

“Te deseo.”

Había sido sincera, no solo con eso, también con aclararme que ni ella misma sabía qué era lo que sentía. Había sido sincera en todo momento y no había ocultado sus ganas de volver a estar conmigo.

Ahí ya era hombre muerto. Estaba completamente en sus manos.

Quizás era un kamikaze, pero joder, ¿cómo podía negarme a intentar algo con ella? Fuera lo que fuera, ¿cómo podía decirle que no con lo especial que era para mí?

No podía hacerlo y por eso estaba así, besándola con hambre, devorando esos labios que no querría dejar de probar nunca.

La cogí en peso y subí las escaleras con ella. La llevé hasta su dormitorio y tras ponerla de pie, la desnudé por completo.

—Dios, Hannah... —suspiré al verla así.

Era preciosa. Era más que perfecta.

Lentamente, ella comenzó a quitarme la ropa. Acarició mi pecho y mi vientre cuando me dejó sin camisa, mirando cómo sus manos tocaban mi piel.

Cuando se deshizo de lo demás y me quedé completamente desnudo, esperé a ver su siguiente reacción.

Me hizo sentarme en la cama, apoyado en el cabecero y ella a horcajadas sobre mí después de protegernos a ambos.

—Dios... —suspiré cuando me introdujo un poco en su cuerpo.

—Alan...

Me encantaba oírle decir mi nombre.

Besé su cuello y acaricié su espalda, agarré su trasero y la empujé hacia mí, llenándola por completo.

—Oh, Dios —suspiró.

Se sentía perfecto, ella era perfecta.

Sus movimientos suaves, tranquilos, disfrutando de cada centímetro que entraba y salía, llevándome al borde de la locura.

Cuando no pude soportarlo más, me giré con ella y la tumbé de espaldas en la cama, yo encima. La besé y aceleré el ritmo, tragándome cada uno de sus gemidos.

—Alan... Dios, Alan...

—Dámelo, preciosa, termina conmigo —le pedí.

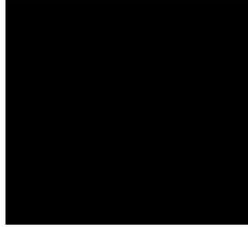
Lo hizo y fue jodidamente perfecto.

Salí de ella aun temblando y la abracé, pegándola a mí, sin querer separarme de ella.

Habíamos cometido, de nuevo, una locura y yo no me arrepentía en absoluto.

Solo esperaba que aquello no nos jodiera nunca.

Capítulo 7



Estaba sobre su pecho, acariciándolo. Había sido el momento más especial de mi vida.

—¿En qué piensas? —preguntó acariciando mi espalda.

—En que es extraño.

—Un poco sí —noté la sonrisa en su voz y levanté la cabeza, estaba sonriendo—. Solo espero que no nos hagamos daño.

—No tiene que suceder así, Alan. Solo dejemos que las cosas fluyan.

—Supongo que debe ser así —me dio un beso y suspiré.

—Tengo hambre.

—Y yo, no como desde el desayuno.

—Eso lo arreglo yo rápido —reí. Me levanté, me puse la ropa y me acerqué a darle un beso—. Te espero abajo —le guiñé un ojo y bajé a la cocina, a ver qué tenía por ahí...

No había terminado de bajar las escaleras cuando el timbre de la casa sonó. Puse los ojos en blanco y resoplé. Como fuera Liam...

Joder, no era el momento para que llegara y viera a Alan bajando las escaleras.

Mi hermano, como siempre, tan oportuno.

Me miré en el espejo de la entrada, me puse bien el pelo y recé para que esos ojos de lince no imaginaran más de la cuenta.

Abrí la puerta y allí no había nadie. Pero sí una mediana caja adornada. Me agaché, la cogí y la abrí tras cerrar la puerta.

Saqué el conjunto de ropa interior que había dentro y lo miré, extrañada. Era igual a uno que tenía, exactamente el mismo. Cogí el sobre que había dentro y saqué la nota.

“Bonito recuerdo, ¿verdad? No dejo de pensar en ti desde ayer No puedo olvidar lo bien que te quedaba...”

—Ya veo que entre vosotros todo se terminó.

Me sobresalté al escuchar la voz de Alan.

Mierda, pensé.

—Alan, yo... —me había quedado como en shock. Maldito idiota... ¿Por qué había hecho eso?

Cogió la nota y la leyó. La tiró dentro de la caja y resopló.

—Mejor me voy —estaba enfadado, de eso no había duda.

—No, espera —lo cogí de la mano antes de que se marchase, la puerta ya estaba abierta y él saliendo de la casa mientras terminaba de colocarse la camisa.

No podía dejar que se marchara así, tenía que explicarle.

Miró mi mano, agarrando su brazo y levantó la mirada, de nuevo, hasta mis ojos.

—Para ser alguien con quien no tienes ya nada, se toma muchas libertades, ¿no te parece?

—Alan, por favor...

—Tiene buen gusto, eso es indiscutible.

Escupió esa frase con desprecio. Lo solté rápidamente, asustada por cómo me miraba.

Con una mueca de asco, se dio media vuelta y fue hasta su coche. Vi cómo se alejaba y suspiré.

Mierda...

Joder, no era lo que creía, no había nada entre ese hombre y yo. Había caído, sí, pero no volvería a pasar.

No iba a engañar a Alan, no ahora que nos habíamos dado una oportunidad.

¿Cómo podía él pensar eso de mí? Joder, me conocía, ¿no? Yo no jugaba a dos bandas. Y lo que ocurrió... Solo fue un error cuando entre Alan y yo ni siquiera había nada más.

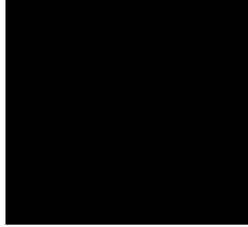
Le di un manotazo a la caja y la tiré al suelo. Maldito idiota, no iba a jugar conmigo. No podía joderme ahora que estaba bien con alguien.

John tenía algunas explicaciones que darme.

Y Alan tenía, quisiera o no, que dejar que me explicase antes de juzgarme.

Tenía que saber la verdad.

Capítulo 8



Maldita vida...

Cerré la puerta de mi casa de un portazo y me dejé caer en el sofá. Con un brazo sobre mis ojos, intenté relajarme. La furia me consumía.

Segunda vez que la hacía mía y segunda vez que terminaba destrozado. Esa vez por pensar que podíamos tener una oportunidad, que entre nosotros, si me arriesgaba, podía haber algo. Pero llegó ese maldito paquete con esa jodida nota y lo fastidió todo.

No puedo ni explicar lo que había sentido al ver la lencería. Los celos me consumían y la rabia empezó a salirme por los poros.

No sabía cómo no había destrozado esa maldita ropa interior.

Me había durado un poco la ilusión de que, tal vez, entre ella y yo podía haber mucho más que una amistad. Ya eso no sería posible, no cuando ella, al parecer, seguía viéndose con él.

¿Cómo podía haber sido capaz de hacer eso?

Me conocía y sabía que no me gustaban ni las mentiras ni los juegos. ¿Por qué había actuado así entonces?

Algo no cuadraba, porque Hannah no era así. O quizás era yo quien estaba equivocado con ella.

Todo era posible.

Jodido porque me enamoré. Jodido porque no era correspondido. Y ahora jodido porque, como un idiota, me había ilusionado con algo más.

Y ella diciéndome que me echaba de menos... ¿Mientras estaba con otro? La nota lo decía bien claro.

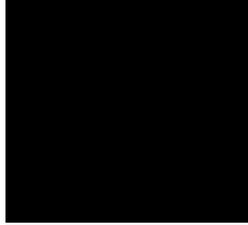
Imbécil, era un imbécil por creer que ella podía sentir algo más. Hannah estaba jodida y yo seguía siendo su salvavidas, nada más.

No le perdonaría, nunca, cómo había jugado conmigo.

Ahora sí que me alejaría de ella para siempre.

Porque no estaba dispuesto a sufrir más.

Capítulo 9



Llegué a la mañana siguiente a la oficina y entré directamente en el despacho de mi jefe tras a llamar a la puerta. Cerré, me acerqué al escritorio y tiré la caja encima, ignorando su mirada de sorpresa.

—Te lo puedes meter por donde te quepa. No vuelvas a hacer algo así —gruñí, evitando levantar la voz.

John cogió el conjunto de lencería que había dentro y lo miró, enarcando las cejas. Sus ojos, de nuevo, sobre mí y una media sonrisa en su rostro.

—Me suena...

—Y tanto que te suena, te habrás recorrido media ciudad para encontrar uno igual.

Lo dejó dentro de la caja y se acomodó en su silla. Tenía el ceño fruncido y su expresión me daba a entender que no sabía de qué le estaba hablando. ¿Cómo podía ser tan cínico?

—¿De qué hablas? —sonrió.

—Como si no lo supieras—apoyé las manos en el escritorio y lo miré con toda la rabia que sentía en ese momento—. Lo que ocurrió entre nosotros se terminó, déjalo estar.

—No decías lo mismo la otra mañana.

—Fue un jodido error, nada más.

—¿Segura de eso?

En ese momento iba a dejar que todo saliera fuera. La rabia, el dolor y la culpa por haberme caído con él sin importarme ni su familia ni mi trabajo.

—Déjame en paz, John y no vuelvas a mandarme nada así. Olvídate de mí —le advertí, no

quería volver a verlo nunca más.

No había pegado ojo en toda la noche mientras lloraba recordando la mirada y las palabras de Alan. La había fastidiado del todo con él por no saber para a ese hombre que tenía enfrente. Le había hecho daño a una persona que me importaba y además, me había hecho daño a mí misma.

No me perdonaría nunca nada de eso.

Me enderecé y me giré para marcharme. Tenía mi mano ya sobre el picaporte de la puerta cuando me acorraló. Apretó su pecho contra mi espalda, noté su erección en mi trasero. Sus manos a cada lado de mi cabeza y su boca en mi oído.

—Vamos, Hannah. Sabes que me deseas —así empezó la última vez—. No puedes olvidarme, porque me quieres. Y me deseas.

Gilipollas. Era un gilipollas.

Me moví para intentar quitármelo de encima, pero dejó caer más su cuerpo, aplastándome con su peso.

—Recuerdo cada momento que pasé contigo. Cada gemido...

—Déjame en paz.

—Cada vez que me suplicaste que te follara más duro.

—John, déjame —estaba enfadada y solo quería salir de allí.

No quería escuchar nada de eso. Había sido sexo. Solo sexo de mierda. Ni siquiera me llenó. No volvería a caer en eso de nuevo.

Su mano se apoyó en mi entrepierna, acariciándome.

—Estás excitada, Hannah.

—No.

—Me echas de menos tanto como yo a ti —lamió mi cuello y terminó mordiendo mi oreja—. ¿Tan malo es hacer lo que uno desea?

Gilipollas integral, eso es lo que era.

Me removí y conseguí girarme. Su cara muy cerca de la mía, sus ojos mirándome con el fuego en ellos. Sabía que quería besarme y hacerme suya de nuevo.

No entendía cómo yo había podido pensar que sentía algo por ese hombre porque en ese momento me daban ganas de vomitarle encima.

Un enfermo, eso es lo que era.

Asco me daba.

Ni siquiera le dejé tiempo a que se acercara más. Levanté la rodilla para darle con ella, con un experto movimiento, donde más le dolía.

Aulló de dolor y se separó de mí, sus manos entre sus piernas y el rostro rojo por el dolor.

—No vuelvas a tocarme, John. Te dije que es no y es no —escupí.

—Eres una zorra y una calientapollas —dijo con la voz estrangulada.

—Todo lo que quieras, pero no me amargues el poco tiempo que me queda en esta jodida empresa —estaba temblando por la indignación de a lo lejos que podía llegar sin respetar mis últimas y continuas negativas.

Abrí la puerta y salí de allí dando un portazo.

Mis compañeros con los ojos puestos en mí, pendientes a cualquier posible chiste.

—¿Qué demonios miráis? —medio grité.

En ese momento no me importaba lo que pensarán o lo que podían estar imaginando. Yo, lo único que quería era marcharme de allí lo más rápido que pudiera.

Iba a tener que plantearme, seriamente, el tener que dejar mi trabajo aunque con ello saliese perdiendo. Laboral y económicamente. Y no me sobraba, precisamente, el dinero. Estaba haciendo un esfuerzo para poder llevar mis planes adelante a cabo, el tener mi propia empresa. Y si había aguantado era porque él había sabido mantener, tiempo atrás, las distancias.

Pero con una actitud como la que había tenido... Esos dos meses iban a ser un verdadero suplicio.

Me senté y suspiré. Los demás aún seguían mirándome de reojo, de hito en hito. Algún que otro carraspeo por la tensión que se sentía.

Eran unos imbéciles. Y si antes, sin ni siquiera saber el porqué, me habían hecho el vacío, a saber ahora con lo que podían estar imaginando.

Encendí el ordenador y recé para que el día terminase lo más pronto posible.

Pero Dios no era amigo mío, al parecer. Fue el día más largo de todos los años que llevaba allí. Cuando me monté en el coche para irme a casa, sentía que no podía respirar por culpa de la ansiedad.

Los cuchicheos, las risitas... Habían estado a punto de sacarme de mis casillas. No sé cómo no me levanté y me puse a gritar como una loca.

Cosa que sí hice cuando aparqué delante de mi casa y vi, de nuevo, las luces del salón encendidas.

¿Pero no tenían casa o qué?

Me estaba empezando a enfadar de verdad y con toda la tensión que tenía acumulada dentro de mí, iba a empezar a dejarla salir a su manera.

Medio relajada, o eso era lo que esperaba, entré en la casa. Dejé el bolso en el aparador de la entrada y llegué al salón.

Cómo no, mi hermana Alice y Eva allí...

Mis padres seguían fuera, disfrutando de su crucero. Estaba deseando que volvieran, a ver si así se olvidaban, todos los demás, un poco de mí.

Me quedé parada antes de entrar en la sala, mirándolas. Mis cejas elevadas en una pregunta silenciosa. Ellas... ¿Algo nerviosas?

Mi sobrino dormido en los brazos de su madre. Menos mal que él no entendía nada de la vida de los adultos. Ojalá pudiéramos permanecer así toda la vida, solo siendo felices.

—Hola, Hannah. ¿Estás bien? —preguntó Alice con lentitud.

No sabía si les asustaba mi cara o si les parecía un animalito indefenso a punto de salir corriendo. O una loca a la que ponerle una camisa de fuerza si me hacían explotar. Algo que no tardaría en suceder porque me sentía como si fuese una olla a presión.

Lo mínimo y todo explotaría.

—¿Qué hacéis aquí? —respira, Hannah, respira...

—Queríamos saber si estabas bien —Eva con cara de preocupación.

Era imposible que sospechasen que algo iba mal o que supieran que había ocurrido algo en el trabajo o con Alan. Así que era evidente que seguían preocupadas por mí y estaban ahí para ponerme más histérica de lo que ya estaba.

—¿De qué sirve que os vuelva a decir que estoy bien si vais a volver a preguntarme — respira...— si estoy bien mañana? —la ironía en mi voz.

—Solo nos preocupamos por ti —suspiró Eva.

—Y yo os lo agradezco. Pero, de verdad, estoy bien. Y estaría mejor si no estuvierais todo el maldito día preguntándome cómo estoy —bufé.

Y me aplaudí a mí misma por haber sido capaz de mantener la calma y de no mandarlas a la mierda, que era lo que me apetecía hacer.

Quería estar sola, en mi habitación. Tumbarme en la cama tras un baño y hartarme de comer mientras veía algo en la televisión y me olvidaba del maldito trabajo.

Y de Alan, si es que eso era posible.

—Demasiado bien te lo estás tomando.

Alice le dio un codazo y yo fruncí el ceño.

¿De qué estaban hablando? ¿Es que, acaso, sabían algo?

—¿Qué haces? —susurró mi cuñada mirando a mi hermana.

—Cállate, ¿no ves que no lo sabe?

Puse los ojos en blanco. Alice nunca había entendido qué significaba eso de susurrar.

—¿Qué es lo que no sé?

Ellas carraspearon y, al parecer, el suelo, de repente, se les antojó muy interesante.

—Lo limpié el sábado —levantaron rápidamente la mirada hacia mí—. El suelo, digo, que ya veo que os interesa.

—Hannah... No sé cómo enseñarte esto —suspiró mi hermana—. Ni siquiera sé si debería hacerlo. Pero ni Noah ni Liam ni Alan responden a mis llamadas y yo... El trabajo, ya sabes—la preocupación en su rostro.

Me acerqué a ellas, preocupada también. Me senté al lado de mi hermana y la miré a los ojos.

—Me estás asustando, Alice. ¿Qué es lo que pasa? ¿Le pasó algo a...?

—No, todos estamos bien, no es eso —me aclaró Eva.

—¿Entonces?

—Verás... —suspiró Alice— Me llegó un mensaje privado hace un rato y bueno... Será mejor que lo veas por ti misma. Digo yo...

Encendió su móvil y me lo dio unos segundos después.

Me quedé completamente quieta. Seguramente había perdido hasta el color. Sentía que me faltaba el aire y que ni siquiera era capaz de pensar.

Solo podía mirar, una y otra vez, mi imagen en esa pantalla.

Yo, tumbada en la mesa del escritorio de mi jefe, casi completamente desnuda mientras él, a quien le tapaban la cara, entraba y salía de mí y...

—Oh, Dios mío.

No sé si lo grité. O si sonó como un gemido agónico. O como una exclamación torturada. O a saber...

Bloqueé el móvil y, mientras mis manos temblaban, lo dejé sobre mi pierna.

—Hannah...

Yo no era capaz ni de reaccionar por más que dijeran mi nombre. Mi mente solo estaba centrada en esa imagen íntima.

¿Cómo estaba en manos de mi hermana?

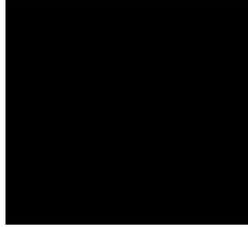
—Lo quité rápidamente, Hannah, te prometo que no lo vimos entero.

Me mordí el labio para evitar llorar.

¿Qué era lo que estaba pasando?

Un maldito vídeo podía joder toda mi vida.

Capítulo 10



Había sido una dura vuelta al trabajo después del fin de semana. A veces terminábamos agotados cuando teníamos, como nos había ocurrido ese lunes, un día en el que apenas habíamos tenido tiempo ni para respirar.

Aún con todo eso, cada día estaba más convencido de que había acertado aceptando la recomendación de Liam para convertirme en un Agente Federal.

Nuestro trabajo, dependiendo de para quién, podía estar tan infravalorado como sobrevalorado. Para mí, era el mejor trabajo del mundo. Era feliz siendo un agente de la ley.

El caso que estábamos investigando nos traía un poco de cabeza. Estábamos sobre la pista de uno de los principales cabecillas de una cruel organización criminal nacional que se sustentaba, principalmente, por el contrabando de drogas. Aún no teníamos datos claves, pero era cuestión de tiempo que con la investigación que hacíamos Liam, Noah y yo y con la información de los topes infiltrados en la organización, pudiésemos tener una idea bastante acertada, o conocer exactamente, el paradero de uno de nuestros sospechosos.

Sería un importante varapalo para la organización criminal si conseguíamos poner a ese hombre entre rejas y enfrentarlo a la fiscalía y al juez. Tenía muchos crímenes, entre ellos de sangre, por los que responder.

Pero hasta que no estuviésemos seguros de todo, no procederíamos a organizar su detención.

Todo a su tiempo, pero las cosas no estaban marchando demasiado mal.

Al menos en el trabajo, con tanto por hacer, mantenía la mente ocupada de lo que me perturbaba en mi vida personal. Podía olvidarme, por unas horas, de Hannah.

Aunque una vez que uno salía de esa burbuja que lo mantenía “a salvo” de los pensamientos, ella volvía a mi mente terminando con la poca calma que hubiese conseguido.

Olvidarme de ella no iba a ser tarea fácil. Al menos no por el momento.

Lo que sentía era mucho más profundo de lo que yo mismo quería reconocerme a mí mismo, pero no tenía más remedio que aprender a vivir con ello.

Hannah era mi amiga y me quería como tal. Pero también era una mujer libre, independiente y muy inteligente que sabía qué quería en la vida. Yo era un amigo y sexo, nada más.

Era el hombro donde apoyarse a llorar cuando lo necesitaba. Era los oídos que la escuchaban cuando necesitaba hablar con alguien y no se atrevía con nadie más. Era esos brazos que podían abrazarla y hacerla sentir, por un momento, segura y protegida. Le demostraba, con ese gesto, que no estaba sola.

Y había estado bien, yo hacía todo eso con ella porque me nacía. Sin poderme imaginar que llegaría a enamorarme como un tonto.

Quizás me di cuenta tarde. De haber sabido antes que podía ocurrir, tal vez hubiese huido y no la hubiese hecho mía.

O tal vez me hubiese quedado ahí, cual kamikaze, sabiendo que me iba a estampar y acelerando para adelantar el proceso. ¿Quién sabía?

Los “y si” no servían de nada, solo eran teorías. La realidad es que me enamoré de ella sin darme cuenta y cuando fui consciente de ello, ya estaba jodido y dañado.

Me sentía idiota. No por amar, eso no se podía evitar. Sí por querer a la persona que no era para mí.

Suponía que lo había sabido siempre, pero con mis sentimientos hacia ella, no había sido capaz de negarme a hacerle el amor. Porque la deseaba como nunca había deseado a nadie. Igual que la quería como nunca a nadie más.

Pero no era recíproco y yo tenía que asumir eso y perdonarla por haberme fallado de esa manera. Porque un engaño, así era como lo sentía, no era algo fácil de perdonar para mí.

Y ella no solo me había engañado, sino que había jugado a dos bandas. No podía creerme que se hubiera portado así conmigo.

Encendí el móvil cuando mi jornada terminó y me quedé extrañado al ver el registro de llamadas. Tanto Alice como Eva aparecían en él. Miré a mis compañeros y amigos y al ver sus ceños fruncidos, supe que no era el único al que habían llamado. Algo debía de estar ocurriendo.

Con sus móviles ya pegados a la oreja, esperé a que me dijeran qué.

Mientras terminaban de hablar con sus esposas, revisé las demás notificaciones. Extrañado, pinché en el enlace del mensaje privado que me redirigía a una web externa.

Dios mío...

Apenas pude mirar. No podía ver eso. No podía ver a Hannah así.

—No sé qué es lo ocurre, pero será mejor que vayamos pronto —la grave voz de Liam retumbó en mis oídos.

—Alice tampoco me ha dicho mucho, solo que no es ninguna tontería —bufó Noah—. Si lo que intenta es no ponerme nervioso, no lo consigue con el secretismo.

Negué con la cabeza, intentando salir de mis pensamientos porque necesitaba actuar. Y lo primero sería evitar que esos dos vieses algo así.

Me acerqué a ellos rápidamente y cogí sus móviles.

No necesitaba las claves, todos conocíamos las de los demás, teníamos la misma, gajes del oficio, Smith nos obligaba a ello. Y en ese momento tenía que darle las gracias al loquero por ello.

—¿Qué haces? —bramó Liam.

Por mí como si podía ponerse a gritar y a soltar golpes. Si él había recibido ese vídeo, no lo vería. No podía borrarlo porque sería una prueba, pero algo tenía que hacer.

—Ninguno, repito que ninguno —puse énfasis en la palabra cuando confirmé, entrando en sus bandejas de mensajes, que habían recibido lo mismo que yo—, vais a ver, nunca, el dichoso vídeo —mi voz sonó a amenaza.

Estaba furioso, enfadado, rabioso. Iba a matar a alguien en ese momento si veía a Hannah de esa manera.

—¿Qué vídeo? —la suspicacia en la voz de Noah.

—¿Qué sabes que nosotros no, Bennet? —gruñó mi cuñado.

Liam era una gran persona, buen cuñado y amigo. Excelente profesional. Pero si había algo que no soportaba era que los demás se adelantasen con alguna noticia y que intentasen ocultársela.

—A ver, Liam, primero respira...

—Que te den, Alan —explotó, ya había perdido la paciencia porque lo que más le enervaba era que intentáramos tratar las cosas con cuidado. Los paños de agua caliente no eran para él.

—Creo que sé qué es lo que ocurre.

—Ya nos dimos cuenta de eso —Noah enarcó las cejas, la ironía en su voz.

—A todos nos ha llegado el mismo mensaje y o me prometéis que no lo vais a mirar o juro por Dios que destrozo los móviles ahora mismo.

—No si antes te destrozo la cara, pedazo de imbécil —mi cuñado, enfadado, sobre mí. Me quitó los malditos móviles y comenzó a tocar la pantalla.

—Es un vídeo privado de Hannah. Teniendo relaciones —dije rápidamente.

Lo sabrían tarde o temprano y la cuestión era que no lo vieses.

—¡¿Qué?! —exclamó Noah, mirándome horrorizado.

Nosotros conocíamos bien las consecuencias de algo así cuando era sin consentimiento de la víctima. Y este, sin duda, era el caso.

Liam levantó la mirada lentamente y clavó sus ojos, tan parecidos a los de su hermana, en mí.

—¿De qué hablas, sheriff del demonio?

—Espera y conmigo no la tomes —advertí a mi cuñado.

—¿Lo has visto? —quiso saber Noah.

—Solo el tiempo necesario de imaginarme lo que está sucediendo.

—¿Me estás diciendo que mi hermana aparece en un vídeo que nos mandaron a todos manteniendo relaciones sexuales? —hizo la pregunta con lentitud y yo sabía que estaba a punto de golpear la pared. Si no me golpeaba a mí antes.

—Te estoy diciendo que, por lo que deduzco, tu hermana está siendo víctima de ciberacoso.

Apreté la mandíbula al pronunciar esas palabras.

—Joder... —resopló Noah y se pasó las manos por el pelo, frustrado.

Liam no reaccionaba, solo me miraba y yo sabía que estaba intentando asimilar todas las consecuencias que podía tener algo así.

El ciberacoso, con el aumento del uso de las tecnologías, se había convertido en un grave problema. Las víctimas, al perder su intimidad (no existen grados, cualquier violación ante los derechos de alguien es delito y afecta emocionalmente a quien las sufre) sufrían.

El miedo y una serie de sentimientos que aparecían ante algo así, las llevaba al límite. Siendo el suicidio, en algunos casos, la única salida para ellos.

Sabía que era eso lo que se le estaba pasando a Liam por la mente. El miedo a que destrozaran de tal manera a su hermana que no encontrase salida. Miedo a que no pudiese reponerse, con ayuda, de algo así.

La violación de la intimidad era un delito. El mostrar una simple conversación con alguien sin su consentimiento estaba penado con multa. Llegar a lo que se veía en ese vídeo, podía acarrearle la cárcel al responsable. O responsables de ello.

Cada día más gente era víctima de acoso sexual en la red y aunque el mundo estaba más concienciado en tomar precauciones para no caer en las manos de un loco, no era suficiente. Si alguien quería hacer daño sin mancharse las manos, ese era uno de los caminos.

Destrozar, mediante imágenes divulgadas que atentaban contra la privacidad y la intimidad, el uso de calumnias e injurias y la divulgación de falsos rumores sin demostrar sobre alguien, el bullying al que podían someterlo de la gente cercana y un largo etcétera, eran un arma muy peligrosa.

Un simple rumor podía hacer mucho daño. Con algo así... La víctima no iba a poder superar eso sin ayuda. Necesitaba a las fuerzas de seguridad y una buena terapia para poder seguir adelante tan pronto como pudiese.

Era un tema complicado y muy duro para quien lo vivía y para sus allegados. Y, por desgracia, ahora era Hannah otra víctima de un ser que había decidido destrozar su vida usando ese vil método.

Iba a destrozarle la cara a quien fuera que se hubiese atrevido.

—¿Me estás diciendo que mi hermana se ha convertido en el blanco de acoso sexual en la red?

—Sí —afirmé sin tapujos.

El puño de Liam se clavó, directamente, en la pared.

—Hijo de puta —gruñó—. Voy a matar a ese cerdo, lo juro.

No si lo encontraba yo antes. E imaginaba bien quién podía tener algo que ver en todo aquello.

—No vas a matar a nadie, neandertal —le advirtió Noah—. Respira, porque no vas a aparecer delante de Hannah así. No necesita eso en ese momento.

—¿Y cómo quieres que lo haga? ¿Llego y me río?

—No, maldito idiota —conocía esos momentos muy bien, cuando uno de los dos intentaba centrar, mentalmente al otro. Liam y Noah tenían una relación muy especial, muy diferente a la amistad que mantenían conmigo. A veces eran como uno mismo, a veces no se soportaban. Pero solo eran capaces, entre ellos, de mantener al otro centrado cuando perdía los papeles. No importaba cómo, sabían, sin necesidad de pensar en ello, cuál era la manera de lograrlo—. No vas a llegar riendo. Pero te vas a comportar como un agente de la ley y no como un hermano preocupado.

—Es mi hermana —gruñó.

—Por eso mismo, Liam —intervine yo—. Te necesita como hermano, pero apoyándola. Y necesita al agente también. Y ninguno de los dos puede perder el control.

—Eso la hará sentir más insegura de lo que ya debe de estar —añadió Noah.

—Lo sé —claudicó tras un suspiro—. Vamos a casa de mis padres, necesito ver cómo está.

Noah y yo asentimos con la cabeza y lo seguimos.

Yo también tenía ganas de verla y de saber que estaba bien. Aún tenía ganas de golpear algo como había hecho mi cuñado, pero estaba siendo capaz de controlar la ira y el odio que me consumían en ese momento.

Nadie, absolutamente nadie, tenía derecho a atentar contra la privacidad ni el honor de otra persona. Mucho menos a inventar rumores, a divulgar lo que fuese, cierto o no. La privacidad era, ante todo, un derecho como ser humano.

Pero el ser humano era cruel, lo veía día a día. Había seres que solo pensaban en cómo dañar a los demás. Era como si necesitasen alimentarse del dolor ajeno para seguir adelante.

Algunos no eran ni conscientes. Solo llevaban a cabo una venganza contra algún amigo o conocido, pensando que así lograrían quedar por encima. Pero eso no los eximía de la responsabilidad. Ni a los culpables directos ni a todos aquellos que alimentaban, con su apoyo, el terminar con la credibilidad de una persona.

No era la víctima quien tenía que probar su inocencia, no estaba en entredicho, sino nosotros quienes teníamos que probar la culpabilidad de los acosadores.

Y en esta ocasión tendríamos que ayudar a alguno de los nuestros. Familia para ellos.

La mujer de la que estaba enamorado para mí.

No iba a ser fácil verla sufrir, porque era inevitable que lo hiciese y me dolía el no poder evitarle eso. Pero por Dios que encontraría a quien estaba detrás de algo así. Y si era quien me

imaginaba, iba a estampar su cabeza contra la primera pared que me encontrarse.

Iba a acabar con quien fuese por ser un grandísimo hijo de puta.

—Alan... ¿Qué tal va todo? —preguntó Paul Smith al otro lado del teléfono.

Me había sentado en el coche y tras reenviarle el mensaje al psicólogo, aunque me había costado hacerlo, lo llamé tras unirme al tráfico.

—¿Has visto el mensaje? —directo al grano.

—No, ¿qué mensaje?

—El que te he enviado —apreté la mandíbula y esperé a que lo hiciera. Con un par de segundos sería suficiente.

—Joder —resopló.

Como bien imaginaba, no había necesitado mucho tiempo para entenderlo todo.

—Aún no sé si esto fue a más, si hay algo más... Voy de camino a casa de Hannah.

—¿Te llegó a ti?

—A mí, a Liam, a Noah y por lo que deduzco, también a sus esposas. Así que no puedo decirte a cuánta gente más ni cuán grave es a lo que nos enfrentamos.

—Ya es bastante grave, créeme —dijo con seriedad—. ¿Sabes quién es el hombre con el que está? —preguntó con tacto.

—Debe de ser su jefe.

—Vale... Yo me encargo de organizarlo todo. Tranquilo, esa web estará inactiva antes de que llegues a su casa. Espero que podamos rastrearlo y llegar hasta quien haya sido tan imbécil de hacer algo así.

—Gracias, Paul.

—Por nada, es mi trabajo. Y sois mis amigos —puntualizó.

Era un gran hombre y aunque nos sacaba un poco de quicio, siempre podíamos contar con él.

—Te mantengo al tanto. ¿Avisas a Anderson? —era nuestro superior, pero Smith tenía bastante libertad con algunas cuestiones, sobre todo cuando se trataba de Liam, de Noah o de mí. La última palabra siempre era suya. Algo extraño, pero que tampoco iba a cuestionar.

—Yo me encargo de todo, tú ve con ella.

—Gracias...

—¿Alan?

—Dime.

—¿Liam lo sabe?

—Sí —bufé.

—¿Cómo se lo ha tomado?

No sabía qué contestar a eso. Liam era, siempre, una bomba de relojería cuando se trataba de defender a la gente que quería. Lo mismo le pasaba a Noah, menos mal que los dos sabían equilibrarse y centrar al otro.

—No demasiado bien, como es lógico. No creo que tarde en llamarte.

Era más que normal. En los últimos tiempos se había tenido que enfrentar a su pasado y a lo que ocurrió con mi hermana, protegiéndola de ese loco que le había jodido la vida. Para colmo, había tenido que mantenerse al margen cuando otro loco quiso hacerle daño a su hermana pequeña y aunque confiaba en su gran amigo Noah para protegerla, fue duro para él saber que Alice tenía que pasar por algo así.

Y por si eso no fuera suficiente, ahora le tocaba lidiar con que su otra hermana sufría ciberacoso, con todo lo que eso podía conllevar.

¿Cómo demonios no iban a perder la paciencia? Si fuera yo el que estuviera en su lugar, no podría haberme contenido tanto.

—Imagino... —suspiró Smith— ¿Y Noah?

—Es la cabeza fría, ya sabes. Mientras no se trate de Alice, es capaz de mantener la calma y de llevar a Liam por el camino correcto.

—Como siempre —una sonrisa en la voz de Smith.

Noah era uno de los mejores, de eso no había duda. Su carácter lo hacía mantener la paciencia y usaba el humor como arma. Era, realmente, una buena cualidad.

Pero todo eso se esfumaba cuando se trataba de su mujer. Ahí Noah era mucho más impredecible de lo que podía haberlo sido nunca Liam. Perdía no solo la paciencia, sino todo su

control y aunque la salvó de ese loco, también sufrió lo suyo y se convirtió casi en un desconocido para nosotros. Gracias a Dios, todo salió bien y Noah, teniendo a Alice sana y salva y a su lado, volvió a ser el de siempre.

Era la mente en ese equipo, Liam el corazón. Y yo... Yo aprendía mucho de los dos, eso era indiscutible. No solo les tenía cariño por ser quienes eran, también los admiraba por su trabajo.

—¿Y tú?

—¿Perdón? —no lo había entendido bien.

—¿Cómo lo llevas tú?

—Bien —dije rápidamente.

Yo era más inteligente en todo eso que los demás. Veía que la pregunta de Smith tenía dobles intenciones y no iba a caer en el juego.

—¿Seguro?

—Sí —le aseguré.

—Ujum...

—Tengo que irme, te voy contando —lo corté.

—Nos mantenemos informados —colgué la llamada y seguí conduciendo. Siguiendo a los coches de mis amigos.

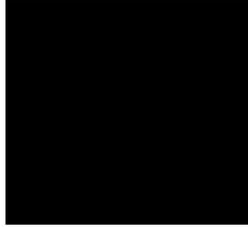
Hasta aquí mi resolución de mantenerme alejado de ella y de no verla. Porque no iba a dejar que pasase por todo eso sola.

No importaba todo el daño que me hubiese hecho ella ni el ver esas imágenes. No importaba lo mal que podría pasarlo estando cerca. Ante todo, Hannah era mi amiga y yo estaría ahí por y para ella.

La ayudaría a salir rápida y victoriosamente de toda esa mierda. Solo entonces desaparecería de su vida.

O eso era lo que yo pensaba.

Capítulo 11



Tres tilas, llevaba ya tres tilas en mi estómago y aún no había conseguido relajarme.

No podía creerme lo que había visto.

Intenté verlo de nuevo, pero mi hermana me quitó el móvil y lo escondió. Ni siquiera me dejaba coger el mío. Tenía que ser una broma macabra y de muy mal gusto.

Un vídeo en el que yo aparecía mientras mantenía relaciones sexuales con mi jefe en la red. Dios... ¿Cuánta gente había visto eso?

¿Quién podía haber hecho algo así?

—¿Cómo estás?

—¿Cómo quieres que esté, Eva? —suspiré— Por Dios, ¿cuánta gente ha visto eso?

—No lo sé —dijo con sinceridad—. Pero te aseguro que no la verán muchos más, tu hermano ya viene hacia aquí y no permitirá que eso continúe en la red.

—Ellos no lo habrán visto, ¿verdad? —joder, eso no.

—No creo, tranquila —mi hermana cogió mi mano y la apretó, mostrándome su apoyo.

Esperaba que fuera así, lo sabría en cuanto los mirara a los ojos. Al menos con Liam, a quien le costaba más guardarse sus emociones. Noah era diferente y no era mi hermano, pero tampoco quería que lo viese.

Ni ellos ni nadie. Era mi intimidad. Nadie tenía que ver algo así sin mi consentimiento, joder.

—Ahí están —mi cuñada miraba por la ventana del salón y fue a abrir la puerta de casa.

Me daba miedo mirar a mi hermano a la cara, me moría de la vergüenza por todo lo que estaba

pasando. No sabía por qué, pero me sentía culpable por lo que ocurría. Aunque en el fondo supiese que no era culpa mía.

Pero era yo la de ese vídeo. Era yo el blanco. Y debía de ser por algo.

Directa o indirectamente, era la única y principal culpable de todo aquello.

Esperé a que Liam entrase gritando o habiendo perdido el control, pero no fue así. Miré hacia la puerta de la sala cuando noté su mirada sobre mí y ahí estaba él. Serio. Tenso. Enfadado.

Volví la cara, las lágrimas saliendo de mis ojos por la culpa y por el miedo.

No tardó mucho en ponerse de rodillas en el suelo y coger mi cara para que lo mirara.

—No es tu culpa —dijo con firmeza y me abrazó.

Y nunca había necesitado tanto el contacto con mi hermano como en ese momento. Lloré mientras me tenía entre sus brazos y saqué todo lo que había estado reteniendo hasta el momento. Lo dejé salir sin control. Necesitaba hacerlo.

—¿Lo viste? —pregunté con un nudo en la garganta.

—No —me juró, mirándome a los ojos cuando se separó de mí—. Y te prometo que no lo veré. Como también te prometo que castigaré al desgraciado que jugó así con tu intimidad.

—Yo ahora solo quiero que eso desaparezca —lloré.

—Eso no lo dudes —me dio un beso en la frente y se levantó.

Quería mucho a Liam y aunque nuestra relación no era tan estrecha como la que él mantenía con Alice, estábamos unidos. Necesitaba a mi hermano en un momento así y agradecí que no me fallase.

—La página está eliminada —dijo Noah—. Smith ya estaba en ello cuando lo llamamos. Alan le había avisado.

¿Alan?

Miré tras Noah y ahí estaba él. Nuestros ojos se encontraron y creía morí, de nuevo, de la vergüenza. Después de lo que había ocurrido entre nosotros, estaba ahí, en el momento más bochornoso de mi vida.

Lo observé unos segundos y abrí los ojos, horrorizada.

—Lo viste...

—Fue quien se dio cuenta de lo que pasaba, Hannah —aclaró Noah—. Pero no nos dejó verlo, quédate tranquila.

¿Que me quedase tranquila sabiendo que él sí había visto aquello?

Dios mío, no sabía ni cómo explicar lo que estaba sintiendo en ese momento.

—Hannah, sé que todo esto es duro, pero necesitamos hacerte algunas preguntas.

—¿Necesitáis? —¿eso significaba todos ellos? Lo que me faltaba...

—Noah, joder, espera —lo interrumpió Liam.

—No voy a esperar a nada. Cuanto más esperemos, peor y lo sabes. También es parte de mi familia y me jode lo que está pasando, por eso mismo vamos a acabar con todo esto cuanto antes.

Cuando hablaba así, como para llevarle la contraria...

Tenía razón, había que centrarse en lo importante. Mi hermano asintió con la cabeza y yo también.

—¿Quién es el hombre que aparece contigo en el vídeo? —comenzó Noah, llevando la voz cantante en lo que parecía iba a ser un interrogatorio.

—Mi jefe —carraspeé.

—Después me darás todo lo que sepas de él. Nombre, dirección si la sabes y algunas cosas más.

—Sé, poco, solo su nombre, que está casado y poco más. Lo mismo que pueden saber los demás.

—Bien... ¿Tenéis una relación?

Miré alrededor, todo tenían su mirada sobre mí y me removí, sintiéndome incómoda.

No es que me importara que mi hermana o Eva supiesen sobre ello, pero no era fácil, después de haber visto ese vídeo que había estado circulando por la red a saber desde cuándo y que me había llevado al límite, tener que hablar de cosas así con todos ellos pendientes a cada una de las palabras que saliesen de mis labios.

—No, no somos nada.

—Dejadnos a solas —Noah miró a los demás, solo Eva y Alice, tras acercarse a mí para

darle un beso en la frente, se marcharon.

Liam, ignorando la mirada reprobadora de Noah, se sentó a mi lado. Estaba claro que él no tenía pensamiento de moverse, iba a enterarse de todo. Y Alan... Al parecer, estaba igual. Aunque él ya sabía más que ninguno.

No podía hacer eso con Alan ahí. Aún me dolía cómo me había mirado la noche anterior. Igual que me dolía el daño que, sin querer, le hice.

Y me juzgó sin ni siquiera dejar que me explicase.

—Bien —suspiró Noah tras sentarse en una silla frente a mí—. ¿Qué hay entre tu jefe y tú?

—Nada. Ya no hay nada —le aseguré. Me daba miedo mirar a Alan por lo que pudiera ver en sus ojos—. Solo fueron varias veces. Fui una estúpida, nada más.

—Eso no importa ahora, Hannah —me interrumpió Liam—. Aquí no estamos para juzgarte por tus decisiones. No lo haríamos nunca.

—Gracias— no podía evitar sentirme culpable.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste con él? —preguntó Noah.

Cerré los ojos con fuerza, iba a hacerle daño a Alan con mi respuesta.

—Hace dos días. Pero... Hacía tiempo, fui una estúpida porque volví a caer.

—¿De cuándo es ese vídeo?

—De hace dos días.

—¿Sabías que te grababa?

—No.

—Lo que nos preocupa ahora es el alcance que haya tenido ese vídeo —continuó Noah tras su tanda de preguntas—. ¿Crees que ha podido ser él mismo quien lo hizo público?

—Sería estúpido por su parte si está casado —Liam frunció el ceño.

—No si quiere, de alguna manera, librarse de su matrimonio —Noah arqueó las cejas—. Además, ¿quién lo grabó? —suspiré pesadamente, ni siquiera me había preguntado eso tan obvio.

—Perdería mucho, y no solo económicamente, estoy seguro de ello porque me da que es un rico más, si su esposa se entera de algo así —negó Liam.

—No podemos descartarlo, es el principal sospechoso, Liam.

—Lo sé, pero en este caso...

—Lo investigaremos de todas maneras —aseguró Noah—. ¿Qué sabes tú de su matrimonio?

—Nada —respondí—. Que está casado pero que las cosas no van bien, es lo único que me ha dicho.

—Lo que dicen todos, claro —resopló Liam.

—No es momento para la ironía, Liam—miré a mi hermano de mala gana—. Lo hice mal, fui una tonta, pero joder, no es para esto —miré a Noah, ignorando a mi hermano, quien abrió la boca para, seguramente, disculparse—. Solo vi a su mujer una vez cuando lo vino a visitar a la oficina. Es joven y muy guapa. Nunca he hablado con ella.

—¿Quién sabe lo que hubo entre vosotros?

—Nadie —dije rápidamente.

—Ahora media ciudad —refunfuñó Liam.

Tuve ganas de darle una colleja por la ironía del comentario, pero Noah se me adelantó.

—¿Eres idiota? —gruñó mi cuñado.

Mi hermano ni contestó, solo me miró con ojos de cordero degollado. Resoplé, bonita manera de ayudarme a sobrellevar lo que estaba pasando.

—Diles la verdad, Hannah —por primera vez, Alan habló.

Lo miré con las cejas enarcadas. ¿De qué demonios estaba hablando?

—Solo tú sabías sobre esto —le recordé de mala gana.

No quería hablar con él porque iba a ponerme a llorar.

—Si atamos cabos, lo sabe toda la oficina —no me quitaba la mirada de encima.

—¿De qué hablas?

—Hannah ha estado siendo ignorada en el trabajo —miró a sus compañeros—. No entendíamos por qué, pero seguramente ese vídeo no es lo único que ha estado en la red. Además, anoche recibió un “regalo” —el sarcasmo en su voz— de su jefe. No parece que para él esté todo

terminado.

—No tiene que ver...

—¿Crees que no, Hannah? —preguntó con lentitud— Tus compañeros te hacen el vacío, ni siquiera te miran si no es para reírse de ti o hablar en susurros. Ahora aparece este maldito vídeo y ¿me estás diciendo que ellos no saben nada? Eso sin contar sobre tu “bonito regalo” —dijo con dolor en la voz.

—¿Desde cuándo está ocurriendo eso? —la amenaza en la voz de mi hermano— ¿Y de qué regalo estáis hablando?

—Desde hace unos días... Pero no puede ser, Liam —dije—. Ellos no... Joder, lo habría sabido, ¿no?

—Y tanto que lo has sabido, cuando nos ha llegado a nosotros.

—¿Por qué no te metes el sarcasmo por donde te quepa, Alan? —casi grité, furiosa con él.

—¿Qué sabes tú? —le preguntó Noah.

Alan negó con la cabeza.

—No sé cuánto —el dolor en su voz y ese comentario me sentó como una patada en el estómago. Pero me lo merecía.

—Soy una imbécil —gruñí.

—Por lo poco que vi del vídeo, lo ha grabado él —Alan ignorándome. ¿Y qué tan poco había visto para llegar a esa conclusión?

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Noah, poniendo voz, de manera más sutil, a mis pensamientos.

—Creo que lo grabó con un móvil, lo tenía cerca y preparado. Smith lo confirmará. Y si hizo eso y no es el culpable, es evidente que alguien más está al tanto de ese vídeo. Por ahí podemos empezar.

—Muchas cosas has deducido para haber visto solo un poco, ¿no? —dije con ironía.

Sentía odio hacia mí misma por la vergüenza de que Alan, entre otros, me viera en algo así. Sobre todo porque supiera cuándo se grabó ese vídeo. Era normal el dolor en su voz, se lo había ocultado.

—Vi lo necesario —me miró a los ojos—. Y créeme, por desgracia vi mucho más de lo que

me hubiese gustado —apretó la mandíbula.

—No es eso lo que parece — le aclaré.

—Claro que no —el sarcasmo en su voz.

—Me importa una mierda lo que sea que ocurra entre vosotros dos —intervino Liam—. Así que ya puedes ir soltando todo lo que sabes, Alan.

—Pero... —fui a protestar. Sabía demasiadas cosas íntimas, eran mis secretos, no iba a permitir que contara nada.

—No hay peros que valgan —me cortó Noah—. Hay, o ha habido —rectificó—, un vídeo íntimo tuyo en la red. No nos sirve el solo eliminarlo, a saber cuánta gente lo tiene descargado. Sé que sientes esto como una invasión a tu intimidad, Hannah. Pero créeme, preferirás que la invadamos nosotros y no la cantidad de locos que hay sueltos por las calles. Así que sí, Alan nos va a contar todo lo que sabe, con pelos y señales. Porque quieras tú o no, siendo quién eres y aunque no nos den vía libre para ello... Esto ya es un caso federal que investigaremos.

—Y vamos a acabar con quien sea que se atrevió a joderte de esa manera —terminó Liam.

—Pero si ya el vídeo no está, ¿no? Es decir, que quizás todo termine y lo olviden y... Además, yo lo encaré . Intentó sobrepasarse y...

—¿Qué? —mi hermano iba a perder la paciencia.

—Le di una patada en los testículos —dije rápidamente, viendo el alivio en su rostro—. Seguro que fue él para que me acostase con él de nuevo, pero no lo conseguí. Ya le habrá quedado claro que no volveré a estar con él, con ese vídeo fuera, todo puede volver a la normalidad, ¿no? Joder, lo único que quiero es seguir haciendo mi vida normal.

—Las cosas no son así, Hannah —Liam cogió mi mano y lo miré—. El acoso no es algo tan simple como ello. Ten por seguro que no será suficiente borrar ese vídeo.

—¿Qué quieres decir? —fruncí el ceño, la preocupación apoderándose de mí.

—Que si tenemos en cuenta cómo avanzan este tipo de casos... —suspiró Noah, mirándome, también, con pena.

—¿Qué? —me temblaba la voz, asustada por sus miradas. Sin entender cómo todo eso podía llegar a empeorar.

—Esto solo acaba de empezar —la voz de Alan, profunda y grave, me puso la piel de gallina.

—¿No estáis exagerando un poco? Joder, solo es un maldito vídeo. Horrible, sí, pero ya lo

habéis borrado. ¿Qué puede ir a peor?

Los tres me miraron, pero ninguno de ellos contestó. Yo no sabía mucho sobre el tema, solo los terribles casos que podíamos ver en las noticias por un final triste y horrible, pero poco más.

Yo no podía ser una de esas personas. Seguramente, con ese vídeo ya eliminado, las cosas volverían a la normalidad. La gente, quien fuera que lo hubiera visto, lo terminaría olvidando y ya.

¿O no?

—Necesito todo lo que sepas de él —mi cuñado intentaba cambiar el tema y centrarse en lo importante. Como si por ello yo no me preocupase por lo que me estaba diciendo. Joder, ¿cuánto más podía empeorar algo así? No concebía en mi mente hasta qué grado, para mí eso ya era lo peor que podía vivir en la vida. Atentar contra la intimidad de alguien, llegar hasta ese extremo, era lo peor—. Necesito que me cuentes todo lo que sabes, Alan. Cualquier detalle que te haya dicho que a ella se le pase o que pueda parecer insignificante. Necesito todo lo que pueda llevarnos a descubrir quién, o por qué, te están haciendo daño de esta manera. Y no voy a esperar a que los del equipo me den datos. Quiero terminar con esto de una vez y para ello, me vas a tener que contar hasta el último detalle, ¿lo entiendes?

Asentí con la cabeza. Asustada y siendo la víctima, era la más interesada en que todo eso quedara atrás.

—Bien, entonces respira, porque te quedan algunos minutos respondiendo a preguntas incómodas —me advirtió mi cuñado.

Lo de las preguntas incómodas era quedarse corto. Y más aún lo de los minutos que me quedaban por delante. Estuvieron, entre Noah y Liam, como un par de horas haciéndonos preguntas a Alan y a mí.

No sabía qué era lo que buscaban, qué datos les podía ayudar, pero yo tampoco sabía demasiado sobre John. Me sentía frustrada, como si no les fuese de gran ayuda. Pero ¿qué más podía decirles? Apenas conocía a ese hombre.

Eso me hacía sentir aún peor. Me había acostado con un hombre del que sabía poco, sin importarme que estuviera casado, sin pararme a pensar en nada más que en saciar mi deseo. Lo peor de todo era que me había acostado con un hombre al que no conocía.

¿De qué sería capaz realmente? ¿Podría llegar al extremo de ser él mismo quien mostrara ese vídeo para su propio beneficio?

Tras terminar con el interrogatorio y de enseñarles el paquete y la nota que había recibido la noche anterior, suspiré pesadamente.

Había tantas teorías...

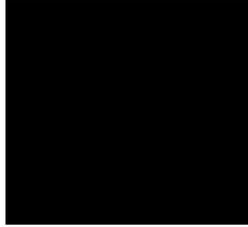
Pero eran todo eso, teorías varias, ninguna respuesta para aclarar esa horrible situación en la que me estaba viendo envuelta.

No solo había demasiadas preguntas, también demasiadas hipótesis y cabos que atar hasta poder encontrar a la persona que me estaba dañando de esa manera tan sutil.

¿Quién podría ser tan cruel para llegar a eso? ¿Podía ser él así? ¿Con quién demonios me había acostado yo?

Solo el tiempo se encargaría de responder a todas las preguntas que se me pasaban por la mente.

Capítulo 12



Había pasado una noche de mierda.

Tras el interrogatorio a Hannah, Liam, Noah y yo nos acercamos hasta las dependencias del FBI para saber cómo iba la investigación. Smith aún seguía allí, pero poco más pudo hacer además de eliminar el jodido vídeo de la red.

Había dejado a un equipo de agentes informáticos trabajando en el caso y nos mandó a casa para que descansáramos. Como si eso fuera posible...

No me había podido quitar de la mente lo que había visto. No podía olvidar a Hannah tumbada sobre ese escritorio. La furia me invadía cada vez que esa imagen volvía a recrearse en mi mente.

Quería acabar con el maldito que había mostrado algo tan íntimo para ella.

Era bastante temprano cuando llegué al departamento. Me encontré con mis amigos en la entrada y por las caras que traían, ninguno de ellos había pasado una noche mejor a la mía.

Sin mediar palabra, subimos en el ascensor hasta la planta donde se encontraba el despacho del loquero. Llamamos y entramos tras su “Adelante”.

—Buenos... —nos miró a los tres y enarcó las cejas— ¿Alguno ha dormido?

—Parece que tú tampoco —resopló Noah.

—No demasiado —confirmó Paul—. Los chicos me llamaron cuando consiguieron localizar la IP desde donde se subió el vídeo a la red.

—¿Y a quién pertenece? —preguntó Liam.

—A la empresa donde trabaja Hannah.

—Ha sido ese desgraciado —resoplé.

—Es posible. Aunque no tendría ningún sentido. Puede terminar con su matrimonio y seguramente no le saldría barato. Indemnizaciones millonarias.

—De todas formas, eso no lo exime como sospechoso. Os recuerdo que es el principal, ese vídeo lo grabó él, de eso no tengo ninguna duda —les recordé.

—Pienso como tú. Lo grabó él y, además, está subido a la red desde su empresa, por lo que con indemnizaciones millonarias o sin ellas, no podemos borrar de la lista al principal sospechoso.

—¿Cómo vamos a actuar entonces? —preguntó Noah— ¿El protocolo de siempre?

—No hay ningún caso para vosotros dos —miró a mis compañeros.

Los tres nos quedamos mirando a Paul cuando dijo eso.

—¿Qué quieres decir con eso? —la voz de Liam sonaba extrañamente engañosa.

—Tenéis un caso entre manos bastante importante, creo recordar.

—Joder —bufó Noah.

—Entonces no tenéis nada que hacer aquí. Alan os mantendrá informados de lo que descubra, pero el caso, si esto sigue adelante y no llega a más que es lo que espero, lo llevará solo y exclusivamente Alan. Y vosotros —los interrumpió cuando comenzaron a protestar— centraos en lo vuestro.

—Maldito seas, siempre me dejas fuera de todo —resopló mi cuñado.

—Tampoco fue tan mal, ¿no?

—No... —la ironía en la voz de Liam— Acabé con este como cuñado, si no te parece suficiente... —se refería a Noah.

—¿Y lo feliz que eres desde entonces? —la sonrisa en la voz del susodicho, picando a su amigo.

Liam lo miró con ganas de querer estrangularlo, pero terminó resoplando.

—La haces feliz y tú lo eres, no me voy a quejar.

—Tal vez tampoco te quejes con Alan —sonrió Paul.

—Oh, no me jodas —gimió Liam, Noah y Paul terminaron riendo.

Yo puse los ojos en blanco, ya iban a empezar.

—Entre Hannah y yo no hay nada, ni nunca lo hubo, podéis quedaros todos tranquilos —mentí, pero solo en parte. Me miraron fijamente y yo miré al cielo—. Pesados...

—Si termino con este como cuñado doble, te aseguro que ni toda la terapia del mundo podrá evitar que me lance por esa ventana —bufó Liam—. ¿Qué hice yo para merecer semejante castigo?

—Le encanta un drama —rio Noah, negando con la cabeza.

—Eso no lo dudes —suspiré yo. El dramático Liam... Había sido así toda la vida.

—Vosotros, a lo vuestro —dijo Smith tras soltar una carcajada—. Alan, tú y yo tenemos que hablar.

—¿Ni siquiera nos vas a dejar enterarnos? —se quejó Liam.

—¿Tienes algún problema con que se Alan quien se encargue de averiguar algo del caso, si es que tenemos un caso aquí y no una acción puntual que es con todo lo que contamos por ahora?

—¿Por qué siempre me hace parecer como si fuera un ogro en ese sentido? —Liam ignoró la pregunta del loquero y nos miró a Noah y a mí.

—Porque lo eres —dijimos los dos a la vez.

—Par de desagradecidos —refunfuñó mientras iba hacia la puerta—. Ya me la pagaréis todas juntas.

—¿Antes o después de lanzarte por la ventana? —la voz divertida de Noah me hizo sonreír. Le encantaba sacar a su amigo de quicio.

—Después de que os lance a todos —gruñó Liam.

Noah miró para atrás y sonrió.

—¿Veis? Si es que le encanta un drama.

Paul y yo soltamos una carcajada cuando la mano de Liam le dio a Noah en toda la cabeza y los dos se marcharon discutiendo.

—Vaya dos... —reí.

—Te has integrado muy bien con ellos.

—Sí, me han aceptado como a uno más, me tratan así.

—Eres uno más y parte de la familia.

—Supongo... —aunque no era así para todos, no, al menos, para la persona de esa familia que parecía importarme más que ninguno.

—¿Qué ocurre exactamente entre Hannah y tú?

Joder, el loquero no se andaba con rodeos.

—Ya dije que nada. Solo somos amigos.

—¿Por qué esa tensión cuando hablas de ella?

—Discutimos, nada más. Pero eso no me impedirá hacer mi trabajo.

—No dudé eso, Alan, por eso Anderson y yo te elegimos a ti.

Diría que él, porque Anderson, además de ser el verdadero jefe, parecía, más bien, un títere de Smith. Ahí se hacía lo que el loquero aprobaba, ni más ni menos. Nadie, ni su propio jefe, ponía en duda sus elecciones. Claro que contaba con la baza de que nos conocía a todos mejor que nadie, ¿quién podía discutirle alguna decisión?

—Entonces no creo que lo demás tenga importancia.

—Si te afecta sí, Alan.

—No me afecta. Joder, no en el sentido que imaginas. Es... Complicado.

—Amar siempre lo es.

Fruncí el ceño, ya iba a ponerse en modo tocapelotas.

—Nadie habló de amor aquí.

—Ni falta que hace, veo más allá —sonrió.

—A veces no sé si de verdad ves las cosas que dices o nos dejas ahí, a ver qué ocurre y tienes la maldita suerte de que todo sale como esperas.

—Tendrás que vivir con esa duda —rio.

—Eres un tocapelotas.

—Lo sé, es la parte más divertida de mi trabajo.

No me cabía ninguna duda...

Tomé aire y dejé escapar un largo suspiro.

—¿Cuál es el plan de acción? —pregunté.

—Primero tendrás que hablar con él, ver qué sabe y, en principio, no podemos hacer mucho más que borrar todo los datos que existan en los ordenadores de la empresa.

—¿Hablar con él? —si lo tenía delante y se me cruzaban los cables, no iba a ser capaz de hablar. Iba a comerse, sin previo aviso, mi puño.

—Calmada y relajadamente, sí —parecía leerme la mente.

—Mejor haber mandado a Noah entonces —refunfuñé.

—O a Liam —sonrió, haciéndome gemir al imaginarme eso—. Sabrás controlarte. Si no vuelve a ocurrir nada, que rezo por ello, todo se quedará en esto. Un aviso y un sustillo para el jefe y poco más. Si fue él o alguno de la empresa, que es lo más probable, al ver al FBI allí se le quitarán las ganas de seguir jugando a este juego macabro y las consecuencias para el culpable, si es que logramos encontrar en los registros de la empresa quién pudo ser, que no será tarea fácil, serán nada, por desgracia. Pero parará.

—Las consecuencias de esto ya son bastante jodidas para Hannah —gruñí.

—Lo sé... Pero no podemos hacer otra cosa, Alan.

También lo sabía y esa era la parte negativa de mi trabajo. Que no siempre podíamos actuar.

—Un equipo te acompañará y vaciarán cada uno de los ordenadores. Lo demás... Lo dejo mientras en tus manos. A Hannah incluida.

—Eso sí va a ser todo un reto —resoplé.

Las cosas entre Hannah y yo no estaban demasiado bien, la realidad es que estaban bastante mal. Tendría que hablar con ella, estar pendiente a cualquier cosa que pudiese ocurrir. Aunque deseaba que Smith tuviese razón y que todo eso terminase en unas horas.

El acoso no era algo que tomarse a broma. Por mínimo que fuese el acto contra alguien, las consecuencias para la víctima podían ser nefastas. No solo emocionalmente.

Pero, por desgracia, si no iba a más, lo tendríamos complicado para tomar las medidas

oportunas.

—¿Cómo lo está llevando ella?

Miré a Paul y negué con la cabeza.

—Hasta anoche, que fue cuando la vi, bastante bien. Me ha sorprendido.

—¿Te sorprende que sea fuerte?

—No —negué rápidamente, siempre supe que lo era—. Me sorprende que tenga la entereza para llevarlo adelante sin derrumbarse por completo. Vi el dolor en sus ojos, el miedo a que la juzguen, la culpa por lo que hizo...

—¿Culpa? Lo que siempre atenaza a las víctimas y no entienden que no son responsables— suspiró.

—Sí, exactamente eso.

—No sé por qué habéis peleado, Alan. Pero como amigo, no como terapeuta, te aconsejo que estés cerca. Hannah... Es especial —sabía eso, la había conocido muchos años atrás y siempre pensé que era diferente a los demás—. Y si confía en ti, no permitas que deje de hacerlo.

Asentí. Pero eso no era fácil, no después de todo lo que había ocurrido entre nosotros. Aun así, no la dejaría sola, no me marcharía hasta que supiera que ella estaba bien.

No me importaba joderme a mí mismo en el proceso.

—Todo se arreglará y esto también se olvidará —le aseguré a Smith.

—¿Se arreglará a tu gusto?

A mi gusto... Lo dudaba. A mi gusto sería romperle la cara al desgraciado de su jefe si era el culpable de la emisión de ese vídeo. A mí gusto sería romperle la cara aunque no hubiese sido él por haberla tocado. A mí gusto sería estar cerca de ella y conseguir, algún día, que me amase de la misma manera en que yo la amaba.

A mi gusto sería olvidar que me ocultó lo que pasó con su jefe habiéndose acostado ya conmigo.

A mi gusto sería volver a confiar en ella.

A mi gusto era un final junto a Hannah.

—No —reconocí.

Porque a mi gusto era y siempre sería, un imposible.

—Necesitaré una orden judicial para un registro a fondo, Paul.

Él sonrió y me puso un papel por delante.

—No me subestimes, Alan.

—Jamás osaría hacerlo —reí mientras negaba con la cabeza—. ¿Cómo la conseguiste?

En realidad no era ni un caso, necesitábamos algo más para poder conseguir un documento como ese.

—Uno tiene sus contactos —se encogió de hombros.

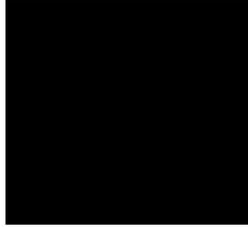
—¿Y yo tengo total libertad en el registro?

—Vía libre.

Perfecto, no necesitaba más.

Me levanté y me fui, era el momento de enfrentarme a ese hombre. Esperaba que Hannah, aunque no se lo hubiésemos dicho, se hubiera tomado el día libre. Porque si no era así, no le iba a hacer ninguna gracia cuando me viera llegar.

Capítulo 13



Había pasado una noche de mierda.

Apenas había pegado ojo porque no me podía quitar de la mente esa imagen. Mi cuerpo sobre el escritorio de John mientras me hacía suya una y otra vez.

No sabía por qué había grabado eso sin mi consentimiento y, menos aún podía entender por qué él, o quien fuera que lo hiciera, compartiría algo así. ¿Con qué propósito?

Yo no tenía problemas con nadie en mi trabajo, así que el daño gratuito era algo que no concebía.

Era, solo, un castigo divino por haber actuado de esa manera y sin pensar en las consecuencias de mis actos. El karma, quizás. O sabía Dios qué...

Someterme a esa clase de interrogatorio en el que estaba mi familia fue demasiado violento para mí. Había cosas de las que me costaba hablar, que quería guardarme para mí y que, por ese maldito vídeo, había tenido que mostrarles.

Por fortuna, no tuve ni una mirada ni una palabra de reproche. Para ellos, no había nada de malo en lo que había hecho y yo sabía, en el fondo, que no era así, pero no podía evitar sentirme mal por ello.

Sobre todo por Alan, porque estaba allí, dispuesto a ayudarme cuando sabía que le hacía daño enterarse de que después de estar con él, estuve con John.

Salí, como cada mañana, a trabajar. No tenía ninguna gana de poner un pie en ese lugar sabiendo que, probablemente, todos esos que cuchicheaban habían visto el vídeo.

Tenía que seguir con mi vida y agradecer que todo eso no hubiese llegado a mayores.

Y tenía que respirar por no entrar en ese despacho y gritar cual posesa mientras insultaba a John y a todos sus antepasados. No podía hacerlo porque si fue él quien hizo algo así, solo

conseguiría empeorar las cosas.

Por lo que me dijo Liam la noche anterior, no era seguro que se descubriera quién había sido y tampoco sabía qué les estaría permitido hacer y qué no ya que podían considerarlo como un hecho puntual sin mayores consecuencias.

Por muy jodida que yo pudiese sentirme.

Imaginando cómo serían las cosas, una tenía experiencia ya de tanto ver la televisión y lo poco que podía hacer la ley ante un caso de ciberacoso si no era demasiado grave, tenía que tragarme el dolor, la rabia y el orgullo y seguir con mi vida. Esperando poder olvidar todo aquello lo más rápidamente posible.

Dejé mi bolso en el escritorio y me senté, ignorando los cuchicheos a mi espalda. Solo un poco más, todo eso terminaría pronto.

Intenté centrarme en mi trabajo y no pensar en que, tal vez, todos ellos habían visto ese vídeo. Me moría de la vergüenza con solo pensarlo.

Pero tenía que poder con ello. Me quedaba muy poco tiempo ahí.

Apenas llevaba una hora trabajando cuando escuché un murmullo colectivo. Levanté la cabeza y me quedé completamente inmóvil cuando nuestros ojos se encontraron.

Tierra, trágame, pensé.

Sin dirigirme la palabra, se acercó hasta la secretaria de dirección. Un equipo de tres hombres uniformados y con un maletín cada uno lo siguieron.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —sonrió ella, como pudo, porque conociéndola sabía que estaba nerviosa nada más ver la placa que Alan le estaba mostrando.

—Agente Davies, FBI. Dígale al señor Gates que tiene visita federal —la voz grave de Alan acabó con los cuchicheos.

—Enseguida —medio tartamudeó la pobre mujer. Cogió el teléfono y marcó la extensión—. Señor Gates... Verá, hay un agente federal aquí, quiere hablar con usted... De acuerdo —colgó el teléfono y lo miró—. Puede pasar —carraspeó.

Alan se giró y miró a los demás.

—Poneos a ello —ordenó antes de entrar en el despacho.

¿Que se pusieran a qué?

Acercándose a algunos de los trabajadores, los hicieron levantarse de sus sillas y se sentaron ellos mientras se adueñaban de los ordenadores.

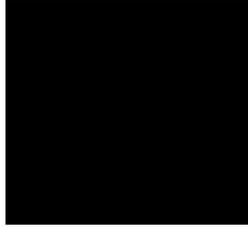
Joder, estaban buscando copias del vídeo, seguro.

No sabía cómo actuar, no tenía ni idea de que iban a proceder así. La verdad era que no tenía ni idea de nada, ellos me habían dicho poco porque tampoco estaban seguros del protocolo a seguir, según palabras de mi hermano.

Sentía que la piel me ardía y notaba, aún más que nunca, la mirada de todos los demás trabajadores sobre mí.

Tenían que haberme avisado de que harían eso, me habría ahorrado la vergüenza de vivir esa bochornosa situación.

Capítulo 14



—Señor Gates —me acerqué a su escritorio e ignoré la mano que me ofrecía, no pensaba estrechársela. Le enseñé mejor la placa—. Agente Davies —con un gesto de sorpresa en su rostro por mi descortesía, bajó, de nuevo, la mano.

Lo observé unos segundos. Era un tipo bien parecido, unos años mayor que yo, pero no demasiado. Algo estirado y con una mirada no muy limpia, suponía que estaba acostumbrado a conseguir, siempre, lo que quería.

Pues si quería volver a tener a Hannah, ya me encargaría yo de destrozarle esa perfecta cara antes.

—¿En qué puedo ayudarle? —me ofreció, con un gesto de la mano, que tomara asiento. Lo hice y lo miré fijamente a los ojos.

—En estos momentos, hay varios agentes del FBI revisando hasta el último fichero de cada uno de los ordenadores de su empresa. Espero que no haya ningún impedimento para que se haga lo mismo con el suyo. Móviles del trabajo y personal incluido.

—¿A qué viene ese registro? —muy rápido se enfadaba— Tendrá una orden para ello.

Saqué el papel del bolsillo y lo tiré sobre el escritorio.

—Una de sus trabajadoras está siendo víctima de ciberacoso.

—¿Acoso? —levantó la mirada del papel rápidamente— ¿Qué tiene que ver eso con la empresa?

—Dígame usted.

—¿Qué demonios voy a saber?

—Relájese, Gates, se altera usted demasiado pronto.

—Aparecen federales con una orden para registrar mis ficheros empresariales, me habla de acoso ¿y me pide que me relaje?

—Es el procedimiento a seguir. Como el suyo es colaborar con la policía federal sin ningún impedimento. Antes de perder las formas, debería activar, ya, el protocolo de la empresa sobre acoso. No querrá, si se niega y el caso llega a juicio, incurrir en un delito de *culpa in eligendo*, ¿verdad? Eso sin contar que dado que las pruebas que tenemos ponen a la empresa en el punto de mira como principal responsable ante la ley al no encontrar al responsable directo y porque, además, las mismas pruebas que tenemos nos llevan ante un acosador que tiene acceso, de una manera u otra, a este lugar, más específicamente a usted, podrá enfrentarse también, además de a lo que ya le dije y a la no cooperación con las fuerzas de seguridad y al entorpecimiento de la investigación, a una acusación por no cumplir con el programa de prevención de riesgos psicosociales a los que está obligado por ley. Así que si es un hombre listo, que creo que lo es, cooperará y activará, inmediatamente, el protocolo así como ayudará a que mis compañeros puedan realizar el trabajo lo más rápido posible.

—Maldición —dijo antes de hacer una llamada a uno de sus subalternos para activar el protocolo. Colgó el teléfono y me miró—. ¿Qué más necesita? —preguntó de mala gana.

—Que me diga qué sabe sobre esto —con el vídeo ya reproduciéndose en mi móvil, se lo ofrecí para que lo cogiera.

Lo observé en todo momento, no podía perder detalle de cada uno de sus gestos. Cuando te preparan como agente, la psicología y el lenguaje facial y corporal son asignaturas básicas. Tienes que tener no solo instinto para ver más allá de la gente, también tienes que aprender a leer bien cada movimiento. Hay señales inequívocas en cada gesto.

—¿De dónde ha sacado esto? —me devolvió el móvil y me miró, enfadado— Joder, esto puede arruinarme.

—Dígame usted. Porque fue usted quien lo grabó, ¿verdad?

—Grabarlo no es un delito.

Ese comentario era para dejarle la nariz rota.

—No si es consentido. ¿Sabía la otra parte que estaba siendo grabada?

Qué me estaba costando mantener la calma y no abalanzarme sobre él para partirle la cara.

—¿Necesito un abogado?

—Por ahora no, no si coopera.

—No lo sabía.

—Entonces incurre usted en un delito, pero lo analizaremos más tarde. Dígame, señor Gates, ¿qué hay entre la señorita Bennett y usted?

—Nada. Solo fue algo pasajero y sin importancia.

—¿Solo algo puntual?

—Así es.

—¿Desde qué dispositivo la grabó?

—Desde mi móvil. Solo lo tengo en el móvil.

—¿Solo fue esa vez o las demás que mantuvieron relaciones?

—Todas —dijo de mala gana.

Necesitaba paciencia porque iba a destrozarle toda su maldita cara.

—¿Para qué lo graba?

—A veces... Me gusta recordar esos momentos.

—Suena a mente enferma.

—Solo es un fetiche, no hago daño a nadie.

—Pues Hannah ha salido dañada, ¿no le parece?

—No es mi culpa —apretó los dientes.

—¿Y de quién podría ser? ¿Quién tiene acceso a su móvil?

—Nadie.

—¿Ni siquiera su esposa?

—Ella confía en mí, no rebuscaría en mis cosas.

—Pues no será porque le da usted motivos para confiar —la ironía en mi voz.

—No creo que tenga que ser esto un debate sobre ética, agente —dijo con rabia.

—¿Qué hay sobre el regalo?

—¿Qué regalo? —frunció el ceño y resopló— Ese maldito regalo. Solo fue una tontería, nada más.

Y te llevaste una patada en las pelotas por insistir, pero eso no lo cuentas, ¿verdad?

—Entonces si nadie tiene acceso a su móvil, desde donde grabó sus momentos íntimos con la señorita Bennett. Si nadie, según usted, ha podido obtener, de ninguna manera, ese vídeo. ¿Me puede explicar cómo ha llegado a estar colgado en la red de forma pública?

—¿Y yo qué mierda voy a saber?! —explotó— Me puede llevar no solo al divorcio. Me puede joder la vida si ese vídeo cae en manos de mi esposa o de algunos de sus familiares o amigos. Lo perderé todo, ¿cree que sería tan tonto de cavar mi propia tumba?

—Hombre, a ver... Sabiendo todo eso, bien que es lo suficientemente tonto como para arriesgarse a perderlo siendo infiel —me encogí de hombros.

—Solo fue un calentón porque esa puta me estaba provocando.

Hasta ahí había llegado mi paciencia. Y Dios sabía que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para controlarme y mantener la calma, ni siquiera yo entendía cómo podía hablar con naturalidad cuando, por dentro, me llevaban los demonios.

Con un movimiento rápido, terminé cerca de él y cogiéndolo, con las dos manos, por las solapas de la chaqueta.

—Escúcheme, imbécil. Nunca, jamás, vuelva a referirse a una mujer, y menos a Hannah, de esa forma. Nunca vuelva a denigrar a ninguna, no las use, no las grabe y dedíquese a follar con su mujer que es lo que tiene que hacer —dije con rabia—. A usted nadie se le ofrece, ya vayan sin ropa, no le da derecho ni a pensar mal, ni a creer que por ello buscan algo, ¿me entiende, pedazo de mierda?

—Déjeme —se estaba poniendo rojo.

Por mí podía morirse el gilipollas.

—Escúcheme porque solo se lo diré una vez. Por mí puede arruinarse hoy mismo y terminar en la maldita calle vendiendo el culo para poder comer si su mujer descubre todo y pide justicia. Por mí como si se corta las venas. Pero nunca, jamás, se le ocurra volver a acercarse a Hannah, ¿lo entiende?

—No puedo respirar —dijo ahogado.

Lo solté, dejándolo caer en la silla. Luchaba por llenar sus pulmones de aire de nuevo.

Yo respiré profundamente antes de que regresaran las ganas de ahorcarlo y terminar con él allí mismo y de una voz por todas. Un cerdo menos en el mundo.

—Si a usted no le importó arriesgar su matrimonio al subir ese vídeo... Porque créame, encontrarán las pruebas de que fue usted. ¿Cree que me importará a mí?

—Yo no...

—Cuidado con lo que dice sin la presencia de un abogado, señor Gates.

—La quiere para usted, ¿verdad?

El papanatas todavía tenía ganas de acabar herido.

—Deme su móvil, señor Gates —ordené, ignorándolo.

—Folla bien, eso no se lo voy a discutir. Pero solo sirve para eso, para pasar el rato.

Hasta ahí llegué. Era un comentario que estaba fuera de lugar y que era, además, una provocación. No debería caer en ello, no debería darle un motivo para que pudiera demandarme. A mí y a la unidad.

Pero mi puño ya se estaba estrellando contra su cara.

—Maldito idiota —gruñó desde el suelo, escupiendo sangre.

Masajeé mis nudillos y lo miré desde lo alto. Me agaché, lo cogí del cuello y lo levanté cual muñeco de trapo.

—Esto es poco para lo que puedo hacerle, Gates. Así que más vale que se invente una bonita excusa. Quizás un golpe con algo, porque si me da problemas, juro por Dios que me encargaré de que todos, absolutamente toda su familia y amigos, y los de su mujer, sepan la clase de cerdo que es. Y si no la arruina ella, le juro que lo haré yo. Maldita mente enferma.

—¿Me está amenazando, agente? —me retó.

—No, le estoy advirtiéndolo. El que terminaría arruinado es usted, Gates, no yo. Póngame a prueba.

Lo solté de nuevo y me acerqué a la puerta para abrirla.

—Charles —avisé a mi compañero—. El despacho a tu disposición.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó al ver a John Gates sangrando por el golpe que le di.

Lo miré, la advertencia en mi mirada.

—Fue una caída tonta —respondió él.

Mi compañero me miró.

—Creo que si se llega a caer con Liam o con Noah, hubiera sido peor —sonrió—. Menos mal que estaba contigo.

—Suerte, sí...

Era un capullo, no podía actuar así, pero no soportaba a ese tipo de hombres que se creían con derechos sobre una mujer por enseñar o por ser educadas o amables y un largo etcétera que les hacía culparlas a ella para no admitir que eran unos cerdos integrales.

Podía perder mi trabajo por lo que había hecho, pero me daba igual. A nadie, y menos a Hannah, iba a tratarla ese desgraciado así.

—Supongo que no tiene ningún problema en firmar la cesión del contrato de la señorita Benett para que no tenga que volver aquí y se pueda ir con todos sus beneficios, ¿verdad?

—Ninguno —escupió.

—Bien... ¿Indemnización incluida?

Apretó los dientes y asintió con la cabeza.

—Es bueno hablar con gente razonable.

Salí de la oficina y la encontré rápidamente. Me miraba, desde su sitio. Me acerqué a ella con lentitud y sin dejar de observarla.

Estaba nerviosa y, cómo no, enfadada. Seguramente por no haberla avisado de lo que iba a hacer. Pero joder, es que ella no tenía que estar allí. ¿No era evidente?

—Hannah. Coge tus cosas, nos vamos.

—¿De qué va todo esto, Alan?

—Se terminó, no tienes que volver aquí.

—¿Quién ha decidido eso?

—Yo.

—No tienes derecho a hacer algo así.

—Discutiremos eso después. Ahora coge las cosas y vámonos de aquí. Deja a los agentes trabajar.

Miró alrededor y al ver que era el centro de atención, lo que no le gustaba en absoluto, recogió sus cosas, se colgó el bolso y pasó por mi lado sin mirarme.

Entró en el ascensor y yo lo hice tras ella.

—Me has dejado en vergüenza delante de todos —dijo con rabia cuando las puertas del ascensor se cerraron.

—¿Yo te he dejado en vergüenza? Hay agentes federales intentando borrar cada vídeo donde sales follando con tu jefe en la oficina, intentando averiguar de dónde ha salido y si hay algo más y ¡yo te he dejado en vergüenza?!

—¿Me estás culpando?

—No, Hannah, pero no me culpes a mí de tus mierdas cuando lo único que intento es ayudarte.

—Ayudarme... ¿Cómo me ayudarás mañana cuando tenga que volver a verlos a todos? ¿Cómo me ayudarás los próximos dos meses hasta que me pueda ir de aquí?

—Fácil. No tienes que volver. Ni siquiera tenías que haberlo hecho hoy.

—¿De qué hablas?

—Tendrás el contrato terminado con todas las garantías que necesitas y una indemnización. No tienes que aguantar más tiempo aquí.

—¿Me has vendido? —abrió los ojos de par en par.

—¿Pero qué demonios estás diciendo, mujer? —me pasé las manos por el pelo, frustrado— He acabado con uno de los problemas, ¿es que no lo ves?

—Lo que veo, Alan, es que has hecho lo que creías que era mejor para mí sin ni siquiera preguntarme —salió del ascensor y se fue, casi corriendo, hacia el parking.

Resoplé, pidiendo paciencia y la seguí. La cogí del brazo antes de que abriera su coche y la giré para encararla.

—Te he librado del compromiso de un trabajo que no querías. Te he sacado de un lugar donde te estaban acosando y donde, además, eras víctima de bullying. Y tú sigues sin darte cuenta. ¿Qué

es lo que querías, Hannah? ¿Seguir viéndolo, es eso?

—Eres un imbécil —escupió—. Lo único que quiero es que nadie tome las decisiones que me corresponden a mí.

—Pues viendo que viniste hoy a trabajar y todo lo que pasó, me parece que no eres alguien que tome las decisiones acertadas —dije con ironía.

Ella me miró unos segundos y maldije cuando vi lágrimas en sus ojos.

—No las he tomado —dijo con tristeza—, pero eso no te da derecho a mirarme con ese desprecio.

—Hannah, yo no...

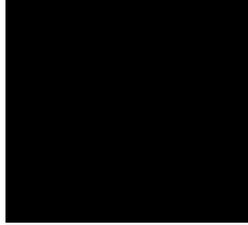
—No es la primera vez que lo haces, Alan. Pero te aseguro que será la última —tiró de su brazo y entró en el coche, cerrando la puerta de un golpe.

—Maldita sea, Hannah, las cosas no son como piensas.

Pero Hannah ya había arrancado y se marchaba de allí. Me apoyé en la columna y maldije una decena de veces. Yo no la había tratado con desprecio nunca, ¿por qué demonios pensaba eso?

Fui hasta mi coche y la seguí, las cosas no iban a quedarse así.

Capítulo 15



No podía dejar de llorar.

Había vuelto a mirarme de esa manera, esa forma que tenía de demostrarme que todo era mi culpa, que yo le daba asco.

No podía soportarlo.

Bajé del coche cuando lo aparqué delante de la puerta de mi casa y corrí hasta el porche, limpiándome las lágrimas por el camino, ignorando que él me seguía, llamándome y pidiéndome que me parase.

Yo solo quería entrar y encerrarme allí. Y que él se marchase.

Fui a cerrar la puerta, pero él fue más rápido.

—Déjame en paz, Alan —me separé de la puerta cuando metió la pierna, iba a entrar quisiera yo o no.

—Deja de actuar como una cría, Hannah —entró, cerró y se paró delante de mí—. Joder, habla conmigo. ¿Qué es lo que te pasa?

—¡Tú me pasas! —grité.

—¿Yo qué hice ahora?

—Mirarme con esa cara de asco.

—Yo no te miro así, Hannah, créeme que no —suspiró.

—Lo has hecho desde que viste ese regalo. Ya ni te cuento desde que viste el vídeo, Alan —lloré—. Sé que te fallé, sé que lo hice mal por no contarte que metí la pata, pero... ¿Tan repulsiva te parezco desde entonces? Porque soy la misma que deseabas follarte aquellas veces.

—No me puedo creer que estés pensando eso.

—¡¿Qué quieres que piense, maldito idiota?! —exploté y volví a llorar— No soporto que me mires como si fuera lo más asqueroso del mundo. Arrepíentete si quieres de lo que ocurrió entre nosotros, no me toques si no lo deseas, pero no me mires con ese desprecio. No lo soporto.

—¿Crees que te miro con desprecio?

—Lo haces —me limpié las lágrimas—. Créeme que lo haces desde que viste el maldito regalo y el vídeo.

—Las cosas no son así, Hannah. La cagaste y me hiciste daño, ¿cómo quieres que me comporte?

—Y lo siento. Pero eso no te da derecho a mirarme como si fuera una puta.

—¿De qué demonios hablas? Estás confundiendo las cosas.

—Vete, Alan. Solo te pido eso. Vete y no vuelvas a mirarme así.

—Serás tonta... —gruñó.

Grité cuando me cogió en peso, me puso sobre su hombro y subió conmigo escaleras arriba.

—¿Pero qué haces?

—Estate quieta —me dio en el trasero—. Te voy a demostrar el asco que me das.

Fue hasta mi dormitorio y me puso, de pie, delante del espejo. Él detrás de mí, mirándome a los ojos.

Giré la cabeza, pero me agarró la mandíbula con los dedos para que volviese a mirar lo que él quería.

—Mira ahí y no dejes de hacerlo —me ordenó.

La mano que agarraba mi cara bajó acariciando mi cuello y mis pechos.

Gemí al notarlo, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—Quiero que mires mis manos. Quiero que veas cómo te tocan —apretó uno de mis pechos y temblé por la sensación—. No te muevas —me ordenó y vi, por la imagen que se reflejaba en el espejo, que se estaba desnudando.

Me iba el corazón a mil por hora. Mi respiración cada vez más agitada.

—Alan...

—Shhh... —se puso, desnudo, frente a mí y cuando nuestros ojos se encontraron en el espejo, comenzó a desnudarme a mí hasta que estuvimos en igualdad de condiciones.

Su mano se posó sobre mi vientre y lo apretó un poco.

—Alan, no tienes por qué...

—Cierra el pico, Hannah —sonaba a advertencia—. Lo voy a hacer porque quiero. Lo voy a hacer porque te deseo y te voy a demostrar cuánto. Como te voy a demostrar que ese maldito regalo y ese maldito vídeo no significan nada para mí. No me das asco por eso. Ni por nada. Mira... —bajó su mano lentamente hasta mi sexo— Quiero que veas cómo te toco. Sobre todo quiero que veas mi cara cuando lo hago —me dio un beso en el cuello y metió, sin previo aviso, un dedo dentro de mí.

—Oh, joder —mis rodillas estuvieron a punto de fallar, pero él me agarró con fuerza.

Siguió tocándome, con tranquilidad. La mano que agarraba mi cintura subió hasta mis pechos y me pellizcó los pezones a la vez que me masturbaba.

—Míranos —ordenó—. Mírame a mí. ¿No ves cómo disfruto contigo, Hannah? Dios, es mirarte y desear follarte —dos dedos hasta el fondo—. Duda de lo que quieras, pero jamás dudes de esto —más dentro aún—. No dudes de lo que te deseo.

Comenzó a mover los dedos más rápido y yo creía que iba a morir allí de placer.

—Alan, por Dios.

Necesitaba terminar ya, necesitaba ese orgasmo.

—No, pequeña —paró y sacó sus dedos. Fui a quejarme, pero me giró, me cogió en brazos y se sentó conmigo en la cama, poniéndome a horcajadas sobre él—. Quiero que te corras conmigo. Y quiero que lo hagas mirándome a la cara.

—Alan... —quería llorar por haberlo llevado a eso.

—Quiero que veas cuánto disfruto.

—No tienes que hacer esto, lo siento —suspiré, mortificada—. No tienes que demostrarme nada. Te fallé, es mi culpa, lo siento.

—Lo necesitas —dijo con seriedad—. Y te lo demostraré cada día si es lo que hace falta para

que te des cuenta, de una jodida vez, de lo que siento por ti.

Me quedé completamente en shock. ¿A qué se refería?

—¿De qué hablas?

—Te amo, Hannah —oh, Dios mío—. Te aseguro que puedo sentir todo por ti, menos asco. Y joder, no sé cómo te he hecho sentir así —suspiró, apesadumbrado.

—Alan...

—No tienes que decirme nada, no te pido nada —me interrumpió—. Solo déjame demostrártelo una vez más. Después me marcharé y no volveré a molestarte. Pero no nos dejes con ese amargo recuerdo, por favor —suplicó—. No pienses, nunca, que no muero de deseo por ti.

Quería llorar...

—Dios —gemí antes de besarlo.

Gemí sobre sus labios y lo besé con todo el miedo que me había hecho sentir al escuchar esas palabras.

No podía ser, yo no era la clase de mujer de la que se enamoraban los hombres. Yo era de usar y abandonar. Yo era quien se creía cada palabra de amor de cualquier hombre que quería llevarme a la cama.

Estaba herida, estaba cansada de eso. De ser una ingenua. Y sabía cuál era el lugar que me tocaba en la vida de todos. El del sexo, nunca nada más.

Quería creer en las palabras de Alan, era bonito imaginar que alguien pudiese sentir algo así por mí. Un sueño que, tal vez, nunca podría vivir.

Me levanté un poco sin abandonar sus labios y lo introduje en mí. Mordí su labio con fuerza y lo lamí cuando noté el sabor de la sangre al haber apretado con mis dientes.

Comencé a moverme lentamente, disfrutando de esa sensación. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en su cuello.

—No —cogió mi cara entre sus manos y la separó de él—. Quiero que me mires cuando te corras. Quiero que me mires cuando yo lo haga.

—Alan, no...

Me daba miedo hacer algo así, me daba miedo lo que pudiera ver, de verdad, en sus ojos.

—Lo harás —me ordenó.

Agarró mis caderas y comenzó a moverme más rápido.

—Alan, no aguanto...

—No lo hagas —con más fuerza, moviéndose él a la vez, embistiéndome desde abajo—. Dámelo, preciosa.

—Oh, joder —gemí mientras notaba que me rompía en mil pedazos.

—Mírame —gruñó.

Abrí los ojos, ni siquiera me había dado cuenta de que los había cerrado.

—Mierda —dijo antes de llenarme de él, sin dejar de mirarme en ningún momento.

Pude verlo todo, me obligó a hacerlo. Y en ese momento tuve miedo. Porque no vi lo que esperaba.

Me levanté y me acomodé en la cama, él no tardó en tumbarse a mi lado.

—Alan...

Una lágrima cayó por mi mejilla y él la limpió dándome un beso.

—He sido un idiota, Hannah. Me he muerto de celos. Estaba dolido y sin razón, ni siquiera me debías una explicación, no había nada entre nosotros —reconoció—. Pero no te miento sobre lo que siento por ti. Para mí has sido tú. Eres tú. Y siempre serás tú.

Negué con la cabeza porque no me lo podía creer.

—Ay, Dios...

—Tranquila, no te pido nada. Sé que no soy correspondido —dijo con tristeza— y lo acepto. Pero me conformo si a partir de hoy, comienzas a ver realmente lo que vales. No eres un trozo de carne, no eres de usar y tirar —lloré aún más—. Para mí eres la mujer con la que quiero todo. La única con quien me plantearía un todo —me dio un dulce y largo beso en la frente y noté cómo una lágrima suya caía sobre mí—. Gracias por dejarme amarte.

Se levantó, se vistió rápidamente y se marchó de allí, dejándome sola y llorando sin control.

Me acurruqué, abrazando mis rodillas mientras lloraba.

Era yo quien tenía que darle las gracias y no al contrario. Porque no solo me había amado, me había enseñado a mí a amar.

Joder, estaba enamorada de él.

Y asustaba. Asustaba mucho.

—Alan —sollocé.

No quería que se fuera, pero tampoco podía pedirle que se quedara. Yo nunca le había demostrado todo lo que él significaba para mí.

Hasta ese maldito momento no me había dado cuenta de ello.

Y lo hacía tarde, cuando él había decidido dejarlo estar, dejar de luchar por algo que creía un imposible. Y todo por mi culpa. Por haberme callado en cada momento. Por no haberle dicho que él no era un entretenimiento para mí, sino mucho más.

Le había dejado creer que no me importaba más allá del sexo cuando nunca había sido así. Siempre había habido algo más entre él y yo. Una conexión, algo que no sabría explicar.

Y que ahora entendía. Estaba enamorada de mi mejor amigo.

Me había dado cuenta de ello cuando quizás lo había perdido para siempre.

Lloré hasta que me quedé sin lágrimas. Fue entonces cuando algo me hizo levantarme rápidamente de la cama y vestirme.

“Me conformo si, a partir de hoy, comienzas a ver realmente lo que vales.”

Idiota...

Él lo era y yo aún más. Yo ya sabía lo que valía, porque él se había encargado, cada día, de recordármelo.

Y ahora que lo sabía, no iba a dejarme sola. No le iba a permitir que se fuera de mi vida.

Lo quería conmigo. Ya era hora de luchar, por primera vez, por el hombre que no solo me había enseñado a ver que yo era mucho más que sexo, sino que, además, había logrado ganarse mi corazón.

Después de todo eso, ¿pensaba rendirse tan fácilmente?

Podía arder en el infierno antes de pensar que yo dejaría que se marchara, así, sin más, de mi vida.

“Sé que no soy correspondido y lo acepto.”

¿Tan fácil? Pues yo no lo dejaría irse sin luchar.

“Para mí eres la mujer con la que quiero todo.”

Eso me lo iba a demostrar.

“Gracias por dejarme amarte.”

Maldito idiota...

Sí, mucho te quiero pero tiro la toalla. ¿Qué manera de querer era esa?

Si tanto me amaba, ¿por qué se marchaba?

Sabía que era para protegerse y para no sufrir. Prefería sufrir él a que lo hiciera yo. Y yo no podía permitir que creyera que no me importaba, no después de todo lo que ese hombre había hecho por mí.

Sobre todo, no después de haberse ganado mi corazón.

Tenía que encontrarlo y tenía que ser yo quien, esa vez, no se rindiese a la primera dificultad.

Iba a lograr convencerlo de lo que sentía aunque se me fuese la vida en ello.

Abrí la puerta para marcharme y me encontré a mi hermano. Grité, no me lo esperaba allí.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —gruñí.

—Me dijeron en la unidad que ya estaban allí y vine a ver cómo estabas —frunció el ceño—. ¿Adónde vas? ¿Y por qué tienes esas pintas? ¿Has llorado?

—No estoy para tus interrogatorios, Liam. Ya hablamos, si eso, en otro momento.

—Y una mierda —me cogió del brazo cuando fui a pasar por su lado y me hizo entrar de nuevo, fue a cerrar la puerta cuando alguien gimió.

—Joder, ten un poco más de cuidado.

—¿Tú qué haces aquí? —le preguntó Liam a Noah.

—Joder, ¿pero qué hacéis los dos aquí? —exploté yo.

No era el momento más indicado para aguantar a esos dos tocapelotas, como los llamaba Alan.

—Lo mismo que tú, ¿por qué demonios no me esperaste? —Noah entró resoplando, enfadado con mi hermano.

—Es mi hermana, no pintas nada aquí.

—Es mi cuñada, te aseguro que pinto lo mismo que tú.

—Sois dos imbéciles, no pintáis nada ninguno de los dos. Dejadme en paz, joder.

Quería buscar a Alan, tenía algunas cosas que decirle y él varias explicaciones que darme.

—Quieta —mi hermano me volvió a coger del brazo y tiró de mí hasta el salón.

—¿Qué haces, bruto? —me quejé.

—¿Qué le pasa? —Noah miró a Liam y después a mí— ¿Adónde vas con tanta prisa?

—Tengo algo que hacer. Joder —resoplé cuando me sentó, casi a la fuerza, en el sofá.

—Bien... Pues lo harás después.

—¿Después de qué, Liam? —Dios me había dado mucha paciencia, eso era innegable.

—De que me cuentes cómo estás.

—Bien, ¿no lo ves? —dije con ironía.

—Nada bien —resopló Noah—. Es evidente.

—¿Evidente? —pestañeeé varias veces.

—Tienes un humor de perros. Más bien —Noah entrecerró los ojos—, tienes un humor horrible de persona enamorada. Así que no, no estás bien.

—¿Y a ti qué te importa? —gruñí.

—A mí sí —aseguró mi hermano y puse los ojos en blanco.

—Estoy bien. Ya Alan consiguió que cesara el contrato con la empresa —aún quería matarlo por ello, pero todo a su tiempo—. Espero que vuestro equipo haga bien su trabajo y olvidar toda esta mierda lo más rápidamente posible. No me ha afectado tanto como pensáis porque no llegó, gracias a Dios, a nada grave —mentí, porque no le iba a contar a ellos que me había llevado al límite emocional. Que todo eso me había hecho sentir, aún más, con que yo era solo una cara bonita y un trozo de carne. Y menos les iba a decir que si no fuera por Alan, el hombre del que me

había enamorado, quizás todo eso podía haberse convertido en un problema mucho más grave. Pero lo tenía a él y me ayudaría a sobrellevar las consecuencias emocionales sobre ello—. Así que, como veis, estoy bien. ¡¿Podéis dejarme en paz de una maldita vez?!

Los dos se callaron. Estaban sentados frente a mí y me miraban fijamente. Liam miró alrededor unos segundos y enarcó las cejas.

—¿Está Alan aquí? —preguntó.

—No —dije rápidamente.

—Entiendo... —dijo Noah.

—¿Qué es lo que entiendes? —resoplé.

—Que se acaba de ir.

—Ah, chico listo —dije con ironía.

—Y tú quieres ir detrás de él —mi hermano seguía con las cejas enarcadas.

Lo miré y miré a Noah, quien asentía con la cabeza.

—A ver si yo lo entiendo —comencé—. Ahora vosotros dos tenéis complejo de Smith, ¿no es eso?

—Todo lo malo se pega, sí —sonrió Noah, burlón.

—Pues como le decís vosotros a él, ¿por qué no os vais a la mierda?

Me levanté para irme, pero Liam volvió a sentarme.

—Te quedas aquí hasta que nos cuentes qué es lo que te pasa.

—Joder, Liam. Tú eso de la privacidad no, ¿verdad?

Era un comentario acertado teniendo en cuenta lo que vivía con eso.

—¿Qué ha ocurrido con Alan? —insistió.

—Es algo personal, ¿no os vale con eso?

—No —dijeron a la vez y yo puse los ojos en blanco.

—Solo una discusión de amigos que quiero solucionar.

—¿Qué clase de amigos?

—Esa no es la cuestión, Noah.

—Para mí sí.

—Joder, Liam —resoplé.

Me pasé las manos por el pelo, frustrada y me dejé caer en el sofá.

—Me ha dicho que me quiere.

—Pues ya era hora —rio Noah.

—¿Lo sabías? No, ni contestes, la pregunta sobra —suspiré.

—Lo sabe todo el mundo desde siempre, sí —me aseguró mi hermano—. Pero la cuestión no es esa, es si tú lo quieres a él.

—Le he hecho creer que no.

—Pero es que sí —confirmó Noah.

—Lo que también era evidente —aseguró mi hermano.

—Me he dado cuenta hoy de ello, Liam, no sé qué evidencias has visto tú antes.

—Una cosa es esa, otra lo que veamos los demás.

—En verdad tu hermana tiene razón, cada vez nos parecemos más a Smith.

—¿Verdad? —Liam hizo una mueca de disgusto con los labios.

—A este paso les daremos charlas a nuestros hijos —rio Noah.

—No creo que nos dejen —Liam puso los ojos en blanco.

Si mi hermana y mi cuñada eran listas, que lo eran, no lo dejarían por la salud mental de los pequeños.

—Bueno, ¿puedo irme ya?

—No —dijeron los dos. Mirándome, de nuevo, serios.

—Vaya por Dios —suspiré—. ¿Qué más queréis saber?

—Todo —¿por qué hablaban a la vez?

—¿Seguro que todo? —enarqué las cejas.

—Joder, no —se quejó Liam.

—Menos mal —reí—. Nada que contar. El muy imbécil piensa que no siento nada por él y se ha despedido de mí. Necesito hablar con él.

—¿Para decirle qué? —insistió Liam.

—Joder, Liam, a veces eres tonto —suspiré.

—Eso no te lo voy a negar —rio Noah—. Pero es que, además de ser un dramas, le gusta más un romance que a un tonto un lápiz. Por eso es así, por si no te diste cuenta.

—¿Por qué tienes que contar esas cosas? —gruñó mi hermano.

—Porque es verdad —mi cuñado se encogió de hombros.

Yo sonreí, la verdad es que también sabía eso. Liam disfrutaba viendo a la gente feliz y enamorada. Aunque nunca lo hubiera querido reconocer.

Cogí aire y solté un pesado suspiro.

—Solo quiero decirle que lo quiero —dije con sinceridad.

Mi hermano escudriñó mi cara unos segundos.

—Lo quieres de verdad —dijo como asombrado.

—¿Cómo iba a ser? ¿De mentira? —resopló Noah y puso los ojos en blanco— Vete ya, yo lo aguanto —me guiñó un ojo.

Me levanté y corrí para salir de allí.

—Hannah, espera —me giré ante la pedida de mi hermano—. Nadie mejor que él para hacerte feliz.

Asentí mientras las lágrimas se acumulaban en mis párpados.

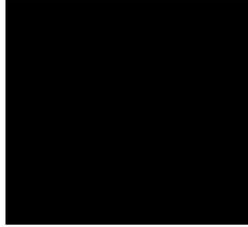
—Lo sé —dije con seguridad.

Salí de allí a toda prisa, me monté en el coche y fui a buscar a Alan.

Tenía que demostrarle lo que sentía por él, tenía que conseguir que me creyese.

No podía perder la oportunidad de ser feliz en la vida con la única persona que podía hacerme feliz.

Capítulo 16



Llegué a mi casa y me dejé caer en el sofá. Estaba hecho una mierda. Me había costado la vida irme de allí, pero tenía que hacerlo.

Hannah no sentía amor por mí, para ella era un salvavidas. Alguien que la ayudaba a ver lo que valía. Alguien que le mostraba la verdad sobre ella misma y le quitaba la mierda de la cabeza.

Alguien que le había demostrado que era más de lo que ella pensaba. Para mí lo era todo.

Pero al revés no.

Y yo no podía seguir así, haciéndome ese daño a mí mismo. Por ello, lo mejor era marcharme. E intentar olvidarla.

Golpearon la puerta insistentemente y resoplé. Si eran los tocapelotas de mis amigos, los iba a mandar bien lejos.

Me quedé en shock cuando abrí la puerta y la vi a ella.

—Hannah...

—Eres un idiota —entró en la casa. lentamente, cerré la puerta y me giré a mirarla.

—¿Qué haces aquí? —miedo me daba hasta preguntar.

—Vine a decirte que eres un idiota.

—Ah... Gracias.

—No puedes decirme que me amas y ¡marcharte! —gritó.

Enarqué las cejas, sorprendido por eso.

—Es lo mejor.

—¿Lo mejor es que te alejes de mí?

—Sí —dije rotundamente.

—¿Por qué?

—Porque no soy ese amigo que crees, Hannah. Te quiero de forma egoísta y no podré verte con nadie más, me hará daño.

—Un poco egoísta sí es —medio sonrió.

—Lo sé. Te has aferrado a mí como si fuera tu salvavidas, pero no me necesitas.

—¿Quieres que te necesite?

—No —negué rápidamente—. Pero crees hacerlo.

—En realidad eres más idiota de lo que pensaba.

—Gracias de nuevo —la ironía en mi voz.

—Sé que no soy correspondido —dijo, repitiendo mis palabras— y lo acepto... Pensé que si querías a alguien, lucharías.

—Lo hice, pero no puedo luchar contra ella misma.

Caminó un poco, acercándose a mí. Mirándome fijamente de una manera que me resultó extraña. Diferente...

— Para mí eres la mujer con la que quiero todo. La única con quien me plantearía un todo... ¿Qué quisiste decir con eso, Alan?

—¿Qué importa? —me estaba poniendo nervioso, no quería hablar tanto sobre mis sentimientos. Demasiado le había dicho.

—Más de lo que crees —siguió acercándose a mí—. ¿Qué querías decir?

—Lo que dije.

—¿Qué es un todo?

—Déjalo, Hannah, no tiene importancia...

—¿Matrimonio?

—Supongo —más cerca.

—¿Hijos?

—Supongo que también —carraspeé.

—¿Un para toda la vida? —se paró frente a mí, demasiado cerca para mi gusto.

Teniéndola así no podía pensar, solo desearla. Solo soñar con que era mía. Al menos por un momento más.

—Un imposible, sí —confirmé.

—¿Por qué? —susurró.

Me separé de ella, fui hasta el sofá y me senté. No podía pensar teniéndola tan cerca.

—Déjalo, por favor.

—Alan... —se puso de rodillas en el suelo y me hizo mirarla.

—Me hace daño, Hannah, ¿no lo ves? Me hace daño tenerte cerca con lo que siento por ti. Me hace daño que no me ames. Me hace daño saber que habrá otros. Como me hizo daño saber que estuviste con él después de estar conmigo aunque no tenga derecho a ello —dije con rabia—. Me hace daño amarte.

—Pero me agradeciste poder hacerlo —susurró, sonriendo con tristeza—. ¿Por qué, si tanto te duele?

—Porque nadie me hizo amar así. Porque contigo descubrí que puedo hacerlo —dije con sinceridad—. Pero sigue doliendo.

—Lo siento...

—¿Para qué has venido? ¿No podías dejarlo pasar y ya?

—No —dijo rápidamente—. No voy a perder el “todo” que quiero.

Me quedé sin entenderla.

—¿Qué “todo”?

—Matrimonio. Hijos. Y el para siempre —se levantó y se sentó a horcajadas sobre mí—.

Ahora vas a ser tú quien me mire a los ojos cuando te hable.

—Hannah —intenté moverla, pero no quería quitarse de encima.

—Quiero que me mires a los ojos mientras te digo la verdad, Alan, después de eso me marcharé y no volverás a verme. Pero dame, al menos, esa oportunidad.

—Está bien —tragué saliva, me afectaba demasiado tenerla cerca.

—Te amo, Alan.

—Aja... ¿Espera qué? —casi grité cuando esas palabras calaron en mi mente.

—Te quiero, idiota —sonrió, mirándome con... ¿Amor?— No sé cuándo ocurrió. Tampoco me importa. Espero que a ti tampoco —hizo una mueca con sus labios y yo estaba a punto de desmayarme—. Nunca me había planteado un “todo” hasta que llegaste a mi vida. Me hiciste soñar con ello, me hiciste desear lo que pensé que sería un imposible. Hasta esta misma noche he creído que lo era.

—¿Y ya no? —pregunté con cautela.

—No lo sé —susurró, algo nerviosa—. No sé si el hombre con el que deseo eso aún está decidido a alejarse de mí.

La esperanza, la tonta esperanza corriendo por mis venas. ¿Ese hombre era yo?

—Sería idiota si lo hiciera.

—No... —una lágrima cayó por su mejilla— Yo fui la idiota porque la primera vez que estuve con él me asusté por lo que me hizo sentir y caí con quien no debía. Yo fui la idiota por dejar que creyera que no significaba nada para mí. Y él se marchó sin luchar.

Tragué saliva, emocionado.

—¿Y qué harás?

—Pensaba que sería suficiente al decirle que lo amaba.

—A lo mejor no se lo cree.

—Supongo que no —ella suspiró—. ¿Cómo podría demostrarle que es verdad? ¿Que no miento? ¿Que no es una necesidad lo que siento por él? ¿Cómo le demuestras al hombre de tu vida que estás perdidamente enamorada de él y que no quieres perderlo nunca? —las lágrimas comenzaron a caer sin control.

—Hannah... —me dolía el pecho por verla llorar así.

Y no podía creerme que sintiera todo eso por mí, no podía ser real que me correspondiera así.

Ella acercó sus labios a mi frente y como yo había hecho un rato antes, me dio un dulce beso.

—Te amo —susurró cuando se separó de mí y me miró a los ojos.

Se levantó y fue hacia la puerta.

Yo no podía ni reaccionar. Porque la conocía, porque vi en su mirada que era verdad.

—¿Me amas y te vas sin luchar? —pregunté antes de que agarrara el manillar de la puerta.

Ella se giró y me miró, limpiándose las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Caminé hasta ella y me paré justo antes de tocarla.

—No, Alan. Me marcho para que asimiles las cosas —frunció el ceño.

—Tengo mucho que asimilar, sí —intenté no reírme.

—Ya te digo... Tienes unos días, volveré entonces.

—¿Volverás?

—Claro, cuando encuentre la manera de demostrarte que lo que siento es verdad —suspiró—. No creas que me voy a rendir tan fácilmente, yo soy más egoísta que tú.

—¿Y eso qué significa?

—Que te haré la vida imposible hasta que, aunque sea por pesada, termines aceptando estar conmigo.

Estaba tan seria que tenía ganas de soltar una carcajada.

—¿Serías capaz?

—Ponme a prueba y verás —dijo con firmeza—. Hasta entonces...

Fue a girarse, pero la agarré del brazo y la pegué a mí, cara a cara.

—También eres un poco idiota —refunfuñé—. No vas a ir a ningún lado. Ni ahora ni nunca.

La besé, disfrutando de su gemido, de su sollozo. Disfrutando de su sabor, de ella por completo.

—¿Significa que me crees? —susurró cuando dejé esos hermosos labios libres.

—Un poco... Quizás si lo escucho otra vez...

—Cada día durante el resto de mi vida si me dejas —juró mirándome a los ojos—. Te amo, Alan. No creo que deje de hacerlo nunca.

—Más te vale —ataqué su boca y la devoré.

Era un beso con una mezcla de necesidad, de amor, de miedo... Tantas emociones juntas que no podía expresarlo con palabras.

—Alan... —gemía mi nombre entre beso y beso, como si necesitara decirlo, como si así todo fuera más real.

Yo la acariciaba, por una necesidad parecida. De saber que nada de eso era un sueño y que ella estaba ahí, junto a mí. Que, por fortuna para mí, me amaba y por Dios que no dejaría que eso se terminase nunca.

—Ven aquí —la cogí por la cintura y la levanté en peso, enroscó sus piernas en mi cintura y se agarró a mi cuello, escondiendo su cara entre mi hombro y mi cuello.

La llevé hasta el dormitorio y la tumbé en la cama. Yo encima de ella, con los codos apoyados a cada lado de su cabeza, observando su preciosa cara.

Ella abrió los ojos lentamente y me sonrió.

Fue entonces cuando me sentí el hombre más afortunado del mundo, ahí fui consciente de lo que significábamos el uno para el otro.

Levantó una mano y acarició mi cara.

—Creo que no vas a salir de esta casa nunca —le advertí, haciéndola sonreír más mientras volvía a llorar.

—No quiero hacerlo.

—Lucharé cada día porque jamás pienses en eso.

—No tienes nada por lo que luchar, Alan.

—Tengo miedo a que esto se termine. A que no sea real —reconocí—. No sé...

—Yo también tengo miedos...

—¿Miedo a qué?

—A que te aburras de mí.

—Eso no ocurrirá —le aseguré.

—A que dejes de amarme.

—No seas tonta.

—A que ese vídeo que viste te haga daño.

—Eso es tu pasado, Hannah. Para mí quedó atrás. Eres mi presente y mi futuro —le juré.

—Pero no puedo evitar tener miedos, Alan. Y no dejaré de vivir por ellos.

—Ni yo, mi amor —volví a besarla, esa vez con dulzura.

No quería que fuera sexo, quería que fuera mucho más. Quería que sintiera, con cada caricia, cuánto significaba para mí.

Las últimas semanas habían sido duras para ella. Se había sentido más usada que nunca. La había visto llorar mientras la señalaban, la había visto sentirse lo peor por un ser despreciable que había jugado con ella.

Y ahora estaba ahí, conmigo, desnudándose de la manera más íntima que existía: desnudando su alma. Poniendo, en mis manos, no solo sus anhelos y esperanzas, también su corazón.

Sabía que tenía miedo, yo también lo sentía. A no ser lo que ella necesitaba, a no ser suficiente. Pero intentaría hacerla más feliz cada día, solo así podría demostrarle que ella era ese todo para mí.

Le hice el amor sin dejar de repetirle cuánto la quería y la abracé al terminar, deseando dormir así cada noche. Junto a ella.

—¿Entonces nos vamos a casar? —preguntó, de repente, cuando pensé que estaba casi dormida.

Me reí, no pude evitarlo.

—Sí, pero con una pedida algo mejor.

—Ah, claro —la abracé, aun riendo y le di un beso en la cabeza—. ¿Y a mi hermano quién se lo va a contar?

Gemí. Cuñados por partida doble.

—Créeme, tu hermano ya lo imagina.

—Sí, lo sé —ella levantó la cabeza y me miró a los ojos, divertida—. Pero con lo dramas que es, te va a tocar pedirle la mano a él.

Puse los ojos en blanco, con Liam todo era a su manera.

Hannah soltó una carcajada y yo la puse sobre mí.

—Hazlo otra vez —le pedí.

—¿El qué?

—Reír, estás preciosa cuando lo haces —acaricié su espalda y su trasero—. Y cuando gimes —metí una mano entre sus piernas, provocando ese sonido que deseaba escuchar.

—Alan...

—Y cuando dices mi nombre... —nos hice girar a ambos e intercambié las posiciones— Y cuando te corres...

Y la hice llegar al orgasmo hasta que cayó en mis brazos, completamente agotada.

Me dormí abrazado a ella, sin poderme creer que estuviera viviendo todo aquello.

La vida nos había dado una oportunidad para ser felices, para tener ese “todo” que ambos deseábamos y ahora que había conseguido a la única mujer con la que lo quería, no podía dejarla atrás.

—Gracias —susurré besando su frente.

Ella sonrió, medio dormida y se acurrucó más.

—¿Por qué? —susurró.

—Por venir a buscarme. Por no dejar que me rindiera.

—Habrías venido tú por mí si yo no vengo.

—¿Eso crees?

—Lo sé —dijo con firmeza.

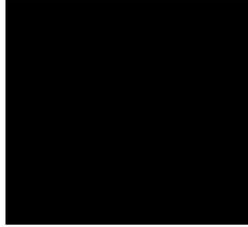
Sonreí. Puede que tuviera razón. Quizás hubiera vuelto a por ella. No habría soportado el mantenerme lejos.

Pero la realidad fue que vino ella, mostrándome que no se rendiría tan fácilmente. No podía tener más muestra de amor que esa.

Ni más muestra de confianza que esa última frase.

En ese momento sí creía que todo era muy real.

Capítulo 17



Me desperté a la mañana siguiente con la luz del sol. Abrí los ojos y sonreí al verlo.

—Fue real —susurré.

—¿Creías que no?

—No lo sé, pensé que podía estar soñando. Todo es demasiado...

—¿Perfecto?

—Sí —sonreí.

Él suspiró y me abrazó.

—Soy yo quien no puede creer que estés aquí.

—Pues lo estoy —le aseguré—. Mientras no te aburras de mí, seguiré aquí.

—¿Aburrirme de ti? —frunció el ceño— No soy como ellos, Hannah.

—Lo sé.

Le di un dulce beso. Era así, sabía que era cierto. Alan no era como los demás. Alan no era hombre de solo sexo, no era hombre de jugar con los sentimientos de los demás. Aunque podía ser capaz de lapidar los suyos por hacerle el bien a otra persona.

Era un gran hombre y tenía la suerte de haberlo encontrado.

—¿Cuándo te diste cuenta que...? —comencé la pregunta, pero me avergonzaba terminarla.

—¿Que te amaba? —preguntó él.

—Eso.

—Pronto lo dirás sin ponerte roja —rio. Encondí la cara entre su hombro y su cuello. Me hizo salir de ahí y cogió mi cara entre sus manos—. Creo que desde el día en que me contaste lo de ese imbécil. Estaba nervioso, te veía mal. Me daba rabia lo que estabas pasando con ese desgraciado y...

—¿Celoso?

—Bastante —reconoció—. Dolido porque sabía que aunque lo negaras, sentías algo por él. Y todo eso era lo que te tenía mal. El sentir que para él eras un simple juego. Me dolió enterarme de que volviste a él —suspiró—. No es fácil, cuando amas a alguien, ver cómo sufre por otro que no merece la pena.

—Supongo que no...

—¿Lo amaste, verdad?

—No —reconoció—. Sí lo quise, quizás enamorada o encoñada o como sea que se le llame a eso. Pero amor... Eso no era amor, Alan y ahora lo sé.

—Aunque sea una tontería, me alegra oír eso.

—No es ninguna tontería, a mí tampoco me hubiese gustado escuchar tus sentimientos por otra persona —dije con sinceridad.

—Siempre fueron para ti, Hannah —me aseguró—. No hubo nadie más desde que te encontré de nuevo.

—Y yo... —suspiré, apesadumbrada— Yo lo hice mal contigo.

—Ya eso no importa —me dio un beso—. Eso no es lo que me va a quedar en la mente. Me importa que estás aquí. Me importa demostrarte que te quiero. Y quiero sentir lo mismo de ti.

—No vas a dudar nunca de ello —le aseguré.

—Sé que no —sonrió y volvió a besarme—. Así que como me quieres tanto, ¿no es mejor, ya que se trata de tu hermano, que seas tú quien le diga, sin que tenga que estar yo, lo que sea que tenemos?

—¿Qué es lo que tenemos? —intenté no reír.

—No sé, ¿una relación?

—Pensé que una casi boda.

—Ya, bueno, pero a él hay que dárselo con cuenta gotas, ya sabes.

—Él me animó a venir, Alan. Él ya lo sabe.

—¿Liam? —abrió los ojos de par en par.

—Te tienes más cariño del que crees —reí.

—Si eso es lo que me da miedo —suspiró, provocándome una carcajada.

Se querían, pero disfrutaban picándose unos a los otros. Eran un trío especial, de eso no cabía duda.

—He hablado con Smith esta mañana.

—¿Y qué ocurre?

—El vídeo lo subió, como bien imaginaba, tu jefe. Una apuesta con amigos, algo que se le fue de las manos. Como si eso lo eximiera de la responsabilidad.

-¿Y cómo o por qué llegó hasta vosotros?

-Al parecer, el día que te dejó el paquete me había visto entrar. Los celos... Localizó a toda la familia y los subió. Los contactos que tiene para poder recibir ese tipo de información también pagarán una bonita multa.

-No me lo puedo creer... Al menos no fue nada grave.

-Y al menos recordará lo que no debe hacer cuando se vea la cicatriz.

—¿Qué cicatriz?

—La que le dejó mi puño en la cara.

Lo miré con seriedad.

—¿Pusiste en riesgo tu trabajo?

—Te insultó —dijo como si eso fuera suficiente.

—No vuelvas a hacer eso, Alan.

—No permitiré que nadie te haga daño. Se merecía eso y más. Ahora va a enfrentarse a una bonita multa y aunque no creo que acabe en la cárcel, la fiscalía no se va a conformar tampoco con

poco dinero, acabará arruinado. Por idiota. Es un enfermo.

—Si es su castigo...

—Te vendió, Hannah. No hay razones para, siquiera, enseñar una parte de una conversación privada entre dos personas. La gente no está muy concienciada con el tema de la privacidad, pero espero que todo esto cambie.

—Es duro verte como yo me vi.

—Lo sé... Puede destrozar una vida. Gracias a Dios, lo tuyo lo encontramos a tiempo. Solo los cuatro salidos que tengan en vídeo en sus móviles.

—Joder, Alan, no me hagas pensar en eso —quería vomitar.

—No, no pasó nada grave, dentro de todo lo malo que podía haber sido, pero aprenderemos de ello.

—Te aseguro que aprendí —suspiré—. ¿Tendrás problemas en tu trabajo por esto?

—No. Smith lo ha sabido tapar. Liam y Noah se han culpado delante del jefe.

—Pero si no estaban allí.

—Ellos se han encargado de que los demás digan que sí —suspiró—. Son dos granos en el culo, medio oficina les tiene miedo.

—Pero sin son dos amores en verdad —reí.

Siempre me había hecho gracia eso, la imagen de tipos duros que ofrecían a la gente. Nada que ver con lo que eran en realidad. Unos hombres enamorados y sensibles que darían todo por proteger a lo suyo de lo que fuera, por más insignificante que pudiese parecer el problema.

—Son dos granos en el culo a los que voy a tener que aguantar toda la vida, por partida doble.

—Siempre puedes no hacerlo... Me dejas y ya —dije muy seria.

—Hannah, si de algo estoy seguro en la vida es que no permitiré que te alejes de mí. Vete acostumbrando.

—Estoy deseando vivirlo —sonreí.

Le devolví el beso y me dejé llevar por la sensación de tenerlo cerca, de sentirlo mío, de que me hiciera suya.

Había tenido pequeño problema que podía haberse convertido en algo muy grave si él no hubiese actuado a tiempo.

Había sufrido acoso y bullying y había podido dejarlo atrás.

Y todo había sido gracias a él.

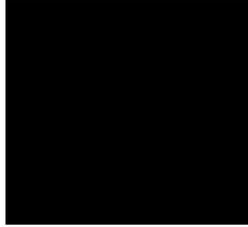
Cuando vives algo así, lo que más necesitas el apoyo, el cariño y la comprensión de la gente que de verdad te quiere.

Esa que no te juzga.

Esa que no te dice “no es para tanto”.

Necesitas a gente que te ame de verdad. Y yo, por fortuna, conseguí al mejor.

Epílogo



—¿Y bien?

Smith nos miró a los tres. Yo puse los ojos en blanco, no tenía ni idea de qué hacíamos allí. Y si él tampoco, entonces la cosa era de esos dos.

—¿Quién ha sido? —pregunté.

—Él, claro —rio Noah.

La verdad es que tenía una paciencia infinita con quien era nuestro cuñado.

—¿Y para qué? —insistí.

—A ver cuándo está listo para hablar... —suspiró Smith.

—Pues como no lo presionemos, nos pueden dar aquí las tantas... —resoplé.

—Alan va a ser padre —soltó Liam.

—¡¿Perdón?! —casi grité.

¿Cómo demonios iba a ser padre? No me había dado tiempo a ello. Hannah y yo nos acabábamos de dar una oportunidad, apenas llevábamos juntos unos días, ¿de qué estaba hablando ese loco?

—Solo era una broma —rio—. Pero es que te la debía.

—Lo mato —miré a Noah, quien terminó soltando una carcajada.

—Liam... —resopló Smith, pero antes había reído, así que...— ¿Qué hacemos aquí?

—No sé, pensé que era necesario ahora que los tres estamos emparentados.

—¿Eso te preocupa?

—No —dijo rápidamente.

—Con Noah ya hace tiempo y lo conoces bien. Alan es el nuevo, ¿te pone algo más nervioso su relación con tu hermana?

—No. No es eso, en el fondo siempre supe que terminarían juntos. Esta vez no me costó verlo —dijo con orgullo.

—Está como una cabra —miré a Noah y susurré.

Bien que había amenazado con lanzarse por la ventana si su hermana y yo terminábamos justos. Todo era parte de su drama, obvio, porque siempre terminaba siendo un celestino de primera.

—Eso es lo divertido —rio este.

—Me alegra que te estés tomando las cosas de esa manera —sonrió el loquero—. ¿Entonces, si no es eso, para qué estamos aquí?

—Hannah me ha pedido que sea el padrino de su boda.

—Eso es bonito, ¿no?

—Sí —me miró de reojo y yo puse los ojos en blanco, a ver qué drama sacaba de eso—. Pero me extrañó de Hannah, creo que nunca la traté como debía, no le di todo lo que necesitaba.

—Tu hermana te adora, Liam, deja la neura —le advertí.

—A mí también me adora.

—Cállate —refunfuñé—. A ver qué pintas tú en todo esto.

—A ver si yo me entero, quieres darle a tu hermana lo mejor y estás asombrado y feliz de que te haya elegido como padrino.

—Sí —afirmó.

—Eso no es malo, no necesitamos una sesión de terapia para eso —rio el loquero.

—Para eso no. Pero...

—¿Pero qué, Liam? —iba a perder la poca paciencia que tenía.

—Tengo que escribir los votos y tiene que ser perfecto.

Noah soltó una carcajada.

Yo gemí, Dios, la que me quedaba.

—Liam... —intenté no ser brusco— Quedan muchos meses aún para la boda. Ni siquiera cogimos aún la fecha, con eso te lo digo todo. No me jodas que ¡ya vas a empezar con eso! — exploté.

Tardaba muy poco en hacerme perder la paciencia.

—Cuñados... —rio Noah.

—Que te calles —gruñí de nuevo. Miré a Smith—. Yo me voy.

—No puedes irte, tenemos que escribir mis votos. Y los tuyos, porque quiero saber qué es lo que le vas a decir a mi hermana.

-Déjame en paz.

-Alan, te advierto que no le dirás nada a mi hermana si yo no lo apruebo antes. Será el día más importante de su vida y ¡tiene que ser perfecto!

—Lo mato, juro que lo mato —refunfuñé mientras me acercaba a la puerta.

Pero terminé sonriendo, eso era lo que me quedaba toda la vida. No era tan malo, ¿no? En el fondo hasta me divertía.

Cuando llegué a casa y vi a esa preciosa mujer que me esperaba mientras trabajaba en su ordenador preparando su nueva empresa, sonreí.

Se había venido a vivir conmigo y nos iba bien, pensando en el futuro y haciendo planes. El primero, después de montar su empresa, por supuesto, era comprarnos una pequeña casa en las afueras de la ciudad y vivir allí, alejados de todo y de todos.

Aunque eso de todos... No lo tenía yo demasiado claro.

Gracias a Dios, el acoso no llegó a más y pudimos pararlo a tiempo. Ella seguía adelante y aunque a veces necesitaba hablar de ello porque no se le borraba de la mente, cada día parecía irlo olvidando más. Al menos aparcándolo.

Ni siquiera le conté sobre la demanda millonaria que iba a perder su jefe cuando se encontró con una denuncia del fiscal sobre el caso de Hannah. Entre esa demanda y la de su esposa....

El juegucito y la apuesta con los amigos así como los celos le iban a salir muy caros.

Que le dieran.

Tampoco le conté que no era el primer vídeo que subía. Había uno más, el que habían visto sus compañeros. La justicia les daría un susto a todos por el bullying al que la habían sometido.

Susto que debía de llevarse más de uno por no respetar la privacidad ajena y hacer daño, gratuitamente, a los demás.

Con respecto a Hannah, ella no quería saber nada del tema y yo no tenía intención ninguna de contarle sobre ello.

No necesitaba cosas que no la hicieran feliz.

—Hola, mi amor —sonrió al verme.

—Cariño... —me acerqué y le di un beso.

—¿Por qué sonríes?

—Porque soy feliz, solo por eso.

La sonrisa que me regaló fue el mejor regalo del mundo.

Y todo porque yo había dicho la verdad. Teniéndola a mi lado era feliz, no necesitaba nada ni a nadie más.

Aunque eso me llevase a tener que aguantar a ese par de locos de mis cuñados.

No solo me quedaba una vida de felicidad junto a Hannah, también de cero aburrimiento con esa familia.

Y no cambiaría nada con tal de estar cerca del amor de mi vida.

Porque, para mí, siempre sería ella.